

**Relación de lo acaecido a los Novicios
de la Provincia que fue del Paraguay,
hoy de San José
(1767-69)**

Índice

1. Arresto general	1
2. Separación de la Comunidad	1
3. Reunión con la Comunidad	4
4. Desde Córdoba hasta Barragán	5
5. En Buenos-Aires	6
6. Travesía del Atlántico	8
7. En Puerto de Santa María	9
8. En Jerez	13
9. De nuevo en Puerto de Santa María	
10. Final hasta Faenza	

1. Arresto general

Por el espacio inmenso que distan entre sí las ciudades de América Meridional, no pudo ejecutarse en el Paraguay el arresto de los jesuitas en un mismo día. El que tenía Dios destinado para consternar la Ciudad de Córdoba del Tucumán con tan funesto golpe fue el 12 de julio de 1767.

O porque los Oficiales y Ministros del Rey no se hicieron cargo de la instrucción, que remitían de la Corte en orden a los Novicios, o porque lo determinó Dios así para que éstos cobrasen aliento, para lo mucho que les esperaba que padecer por no faltar a su vocación, con el ejemplo de tantos hombres de tanta autoridad y tan venerables por sus canas, por sus virtudes y letras, de tantos Maestros, de tantos Padres mozos y Jóvenes Estudiantes, a quienes veían reducidos a tanta estrechez y miseria, que estaban encerrados en un Refectorio sin querérseles conceder no sólo sus aposentos para dormir siquiera en ellos, pero ni aun el ante-refectorio para poner en él los vasos inmundos, o finalmente porque ya desde luego empezasen a probar *quam bonus est Deus diligentibus Se* y con cuánta especialidad les había de ayudar, pues era tan singular la alegría y serenidad que observaban en los demás y experimentaban en sí mismos, no separaron a los Novicios, que eran solos 11, hasta pasados dos días enteros. Ya en este corto espacio de tiempo empezó uno de ellos a dar muestras del amor que había cobrado a la Compañía los pocos meses que vivía en ella. Llegando el Escribano, que formaba la lista de los sujetos, al banco donde estaban los Novicios para escribir sus nombres, se suspendió algún tanto y dijo en tono de admiración: “¡Oh!, ¿éstos son los Novicios? ¡Dichosos ellos, que en lance tan apretado pueden huir fácilmente con el regio beneplácito todo el golpe de trabajos y miserias, que los presentes tiempos amenazan a la Compañía!”. Oyendo esto el primero de los Novicios, que estaba más cerca, “¡Oh, Señor! –le dijo–, escríbame en el mismo papel que a los otros sujetos que ni tengo otro ánimo ni mayor consuelo que acompañar a mi Madre la Compañía en su aflicción y beber con ella el amargo cáliz de trabajos que se le ofrece”.

2. Separación de la Comunidad

Aunque todos padecían mucho, no obstante quienes tenían más que ofrecer a Dios fueron los Novicios, porque, cuando llamaron a la Comunidad al Refectorio, les dieron a ellos tanta prisa que no tuvieron lugar ni aun para vestirse, por lo que fuera de la de cama, que ninguno de los 11 la tenía, les faltaba a algunos la ropa interior, y, por más que la pidieron al Ayudante, que era el que hacía conducir las camas y ropa a los Padres, que les mandase traer también a ellos sus camas y ropa, les entretenían con decirles que ellos mismos irían a sus aposentos y cogería cada uno sus cosas la noche del día 13. Llegó ésta en efecto y como a las 8 horas de ella vino el dicho Ayudante, llamó a los 11 Novicios y les mandó que fuesen por sus camas al Noviciado. Juntáronse todos a la puerta del Refectorio y así, todos juntos, fueron conducidos por el Ayudante con una escolta de soldados a sus aposentos. Dijéronles que tomasen todo lo que era de su uso, menos las camas, y, habiéndolo hecho así en muy poco tiempo por ser tan pocas las alhajas que tenían, luego que estuvieron prontos, los sacaron por la Portería del Colegio y los llevaron al Convento de San Francisco. Muy de nuevo les cogió esta tan impensada resolución, y más no sabiendo a qué fin era esta separación, que fue tan sensible para ellos como para los Padres, que no supieron nada de ella hasta que se ejecutó.

Fueron recibidos de los RR. PP. Franciscanos con muestras de grande cariño y afabilidad. Y después de haber estado una hora en la celda del R. P. Guardián, a quien encargó el Ayudante su cuidado y asistencia, y prometió que dentro de pocos días volvería para saber su determinación, pues esta mudanza no era sino para que, solos y privados de la comunicación y consejos que les podrían dar los Padres del Colegio, se determinasen en virtud de la libertad que les daba Su Majestad o a seguir la Compañía desterrada o a desampararla. Fueron conducidos a la Enfermería del Convento, que estaba destinada para su habitación. Juntáronse allí varios Religiosos y, cogiendo a un Novicio en cada uno de los corrillos que formaron, les empezaron a proponer con las más vivas razones los inconvenientes que se les podrían seguir en caso de perseverar en su propósito y las conveniencias que de lo contrario se podían prometer. Ayudábanse para esto de algunas calumnias que se decían contra los Padres. Mas ellos estuvieron firmes, sin inmutarse por cosa alguna, aunque sentían mucho las calumnias que oían contra los Padres. Llegó en esto la hora de recogerse la Comunidad. Retiráronse los Frailes a sus celdas y quedaron los Novicios solos en la Enfermería. Esta pieza era bastante incómoda por muy húmeda, fría y oscura, pero más incómodas eran todavía las camas, pues, fuera de estar sucias por haber servido a los enfermos y con sola una sábana cada una de ellas y ésa muy asquerosa, era tanta la abundancia de chinches que allí había, que así las sábanas como los colchones negreaban de la multitud de que estaban llenos. Acostáronse en ellas la primera noche, pero escarmentaron bien para no volverlo a hacer otra, por haber pasado una noche de las más mortificadas que se pueden imaginar.

Por lo cual en adelante durmieron unos sobre la tarima del Altar de dicha Enfermería y otros sobre las camas que formaron de las sillas y taburetes que había en ella.

El R. P. Guardián les miraba como a hijos y, si no les animó a que siguiesen la Compañía, porque las circunstancias no lo permitían, tampoco les aconsejó, ni a un sobrino suyo, que era uno de los 11, a que la desamparasen. Y los 8 días, que se detuvieron en su Convento, les visitaba muchas veces y consolaba, y se esmeró en tratarles tan bien que se mereció la confianza de ellos, que le consultasen en todas sus dudas y que, como si fuera su Padre, acudiesen a Su Paternidad a manifestarle lo que necesitaban, seguros de que serían bien atendidos, como de hecho lo eran, pues les proveía con igual prontitud que buena voluntad y cariño.

Los Religiosos, unos más que otros, hicieron sus tentativas, a que concurrieron algunos piadosos seglares, que, compadeciéndose de su desgracia, les aconsejaban que dejasen la sotana. No faltaban otros que les incitaban a lo mismo, acaso por otros motivos. Todos comúnmente, así Religiosos como seglares, alegaban por razón los muchos trabajos a que se exponían. Quien les molestó mucho fue un Lego que dos años antes, no bien cumplidos, se había huido del Noviciado de la Compañía de la misma Ciudad de Córdoba y había tomado el hábito de San Francisco. Éste les perturbaba con varias noticias funestas que les llevaba, amedrentándoles con que el Rey no les había de costear el viaje, que les quitarían a fuerza la sotana y otras mil cosas que o él se las fingía o las entendía mal. Procuraba también animarles a que trocasen la sotana de la Compañía por el hábito de San Francisco. Para esto les proponía varias razones y les decía que en este punto hablaba enseñado de la experiencia y del tal cual conocimiento que había adquirido de una y otra Religión. Dioles también a leer las reglas de su Seráfico Padre, pero no pudo conseguir nada.

Había entre los Novicios uno natural de la misma Ciudad de Córdoba, llamado Clemente Baigorri, y a éste fue a quien el Demonio le dio en particular muy fuertes asaltos. Valióse primero de un Religioso de mucha autoridad y reputación. Llamóle ésta a una celda aparte y allí en presencia de su padre le preguntó en qué ánimo se hallaba, y, oyendo que el Novicio le respondía prontamente que estaba resuelto a seguir hasta la muerte su vocación en la Compañía de Jesús, a que misericordiosamente había sido llamado, replicó el Religioso que eso era claramente contra las Divinas y humanas leyes; que tenía estrechísima obligación de atender a la conservación de su vida para el mayor servicio Divino, y que envolverse en una tela tan espesa de trabajos y miserias, como forzosamente se seguirían a su resolución, era desde luego, sin tener mira a las verdadera prudencia, quitarse del todo la vida con sus propias manos, o por lo menos volverla inútil a mayores cosas. Por el mismo precepto tenía puesta sobre sus hombros una rigurosa obligación de atender a las necesidades de su casa y darles a sus padres el tal cual alivio y consuelo que estuviese en su mano. Y que el apartarse en este tiempo de la vista de su casa era manifiestamente arruinarla y quitar la vida a sus padres de puro dolor y sentimiento, lo que sin gravísimos cargos de su conciencia no podía despreciar ligeramente. Representábale la aflicción, la soledad, el desconsuelo, la ancianidad y suma pobreza de sus padres. Añadía que con el hecho de seguir la Compañía en las presentes circunstancias indirectamente notaba de malo o de injusto el Real Decreto, lo que de ninguna manera se podía decir ni menos persuadirse de un tan sabio como católico Monarca.

En esta razón aparente parecía tener puesta el Religioso la fuerza toda de su argumento, urgiéndola de varias formas, apretando al Novicio por la respuesta. Oyóla al fin, aunque no a satisfacción ni según su mal fundada presunción. “No noto –le dijo el Novicio, respondiendo en forma silogística, la que la sabía muy bien por haber estudiado con muchos créditos dos años de Teología–, no noto de injusto y malo con mis hechos aquel Decreto, a que de ninguna suerte me opongo; *atqui*, siguiendo la Compañía no me opongo al Decreto de nuestro Soberano; luego etc.”. La menor, que era la que negaba el Fraile, la probaba con evidencia el Novicio. “El Decreto del Rey –decía– está concebido en tales términos que deja a los Novicios plena libertad para la elección, y la real voluntad o inclinación a una parte más que a otra no se conoce por la fórmula del Decreto. Luego cualquiera parte que siga, siendo el Decreto disyuntivo, y libre la elección de cualquiera de los dos extremos, como consta por los términos de la fórmula, no me opongo a las intenciones de Su Majestad, expresada en su Decreto”. Enervada la fuerza de su principal argumento, no pudo menos el Religioso de ceder, o de grado o por fuerza, a la contienda y apartarse de la disputa. Así lo hizo, diciendo al padre del Novicio que escuchara las razones de una y otra parte, que había ya cumplido con su deber y hecho cuanto podía para apartar a Clemente de su errada conducta; que no se le podrían atribuir jamás las pésimas consecuencias de un ciego proceder y de una determinación tan tenaz; que a él le llamaban otras obligaciones a que debía atender necesariamente. Con esto, despidiéndose cortésmente, aunque no sin muestras de desabrimiento, dejó al H. Clemente solo con su padre, que era lo que el Hermano más

deseaba, porque creía que seguramente sacaría a su padre del error, de que iba impresionado por instigación de algunos. Así fue, y, a cuatro palabras que le habló el hijo, quedó el buen viejo alegre y contento, y convino en lo mismo que antes, mal informado, rehusaba. Llegaron a trocarse de tal manera, así el padre como la madre, que ya no parecían los mismos. La madre, aun hallándose actualmente en cama y afligida con la muerte de los principales criados de la casa, sucedida en aquellos días, animaba a su hijo y le exhortaba a la perseverancia, aunque hubiera de quedarse el amor propio sin ningún alivio. El padre le llegó a decir que no le reconocería por hijo suyo si no perseveraba fidelísimamente hasta la muerte en la Compañía. Y que, aunque le aseguraban que en Buenos-Aires les quitarían la sotana por fuerza, persistiera siempre en su consejo, diciendo a su hijo que de su parte mostrase a Dios toda la fidelidad posible y que, si después la Divina Providencia por sus altos e inescrutables juicios permitiese el despojo de la sotana, que prenunciaban los Émulos, estaba prontísimo a recibirle en su casa con las entrañas del más amoroso padre, porque entonces el dejar la Compañía y apartarse de la primera vocación no sería efecto de su infidelidad, sino muestra de la contraria voluntad Divina. Con esta favorable disposición de ánimo, que mostraron sus padres, se halló el H. Clemente muy fortalecido contra los asaltos de varios otros Religiosos que pretendieron reducirle a que se quedase.

Fue entre otros un Cisterciense, primo suyo, a visitarle y le propuso 11 razones, que llevaba muy premeditadas, contra su determinación. Duró bastante el debate, y el Fraile daba ya muestras de estar del todo airado, cuando, reflexionando sobre las sólidas razones con que le respondía su primo, el H. Clemente, mudando de semblante y lleno todo de alegría, le dijo: “Primo mío, ahora sí que le estimo y aprecio por la solidez de su conducta. Persista en ella hasta la muerte. Siga a Dios que manifiestamente le llama, y procure muy de veras, correspondiendo a los auxilios de su gracia, ser un santo en su amada Compañía, que yo, en todo cuanto he dicho hasta ahora, no pretendía más que cerciorarme del espíritu con que se gobernaba y un testimonio auténtico de su acertado y juicioso proceder, para consuelo de su casa y de cuantos otros se han empeñado por que se quede”. Las tentativas de otros Religiosos de San Francisco le fueron poco molestas, porque, reconociendo ellos la firme determinación en que se hallaba, se retiraron de la comunicación y trato que a los principios ansiosamente solicitaron, mostrándoseles muy officiosos y cariñosos. Como el H. Clemente se hallaba en su patria, por eso él fue el que experimentó los más duros contrastes de sus parientes y conocidos. Los otros 10 padecieron también sus ligeros asaltos. Pero de todos salieron victoriosos, ni les hizo mella la malaconsejada plática y los dictámenes errados del Religioso que acometió al H. Clemente en presencia de su padre. Y concurriría no poco el consuelo que recibían de un Pretendiente llamado Nicolás, el que conseguía licencia para verles y les llevaba los recados que le daban los Padres del Colegio, a quienes llenaba de inexplicable gozo la constancia de los Novicios.

Como eran tantos los que conseguían licencia para verles, y no pocos les molestaban procurando persuadirles que se quedasen, pidieron al P. Guardián que cerrase la puerta a tanta multitud que les quitaba la quietud que deseaban en sus ejercicios espirituales, y les interrumpían el concierto y distribución ya entablada. Era ésta la misma del Noviciado, y los ejercicios espirituales en que se ocupaban eran ahora muy aumentados, así en la duración como en el fervor, porque, teniendo todo el día por suyo, libres de otras ocupaciones exteriores, y hallándose en el duro y peligroso lance de faltar a su vocación, el recurso a Dios y a su Santísima Madre era más frecuente que lo ordinario de otros tiempos. Muchos, o casi todos, hicieron a María Santísima sus particulares obsequios, algunos le ofrecieron devociones, ya *ad tempus* ya perpetuas para toda la vida, otros no dudaron obligarse con voto, caso que los Superiores les permitiesen, a cumplir algunos obsequios con que juzgaron granjearse el favor de tan amorosa Madre y empeñar su piedad en concederles la gracia principal que pedían, que era la perseverancia en la Compañía. Causaba mucha edificación, así a los Religiosos como a los seglares, el ver juntarse los 11 a tener de Comunidad sus ejercicios espirituales, sucediendo no pocas veces el despedir visitas muy apreciables y negarse a otras de personas de carácter sólo por acudir con puntualidad a la más mínima insinuación de la voluntad de Dios, a quien, como hijos verdaderos de Nuestro Padre San Ignacio reconocían, así en esta ocasión como en otras, en alguno a quien elegían por Superior.

Reparando un seglar la vida tan religiosa que llevaban, dijo repetidas veces al H. Clemente: “Admirado me tiene la unión de estos jóvenes entre sí, la mutua caridad con que procuran consolarse unos a otros, y sobre todo la incansable aplicación y desvelo por conservarse en las loables y santas Instituciones de su Noviciado, aun sin el reparo de la continua vigilancia de sus Superiores”. Y así le causaba especial consuelo el que tan jóvenes, tan alegres y contentos se ofreciesen al sacrificio de tantos trabajos por amor de Dios y de su vocación. “Dichosos ellos –exclamaba– y bienaventurados

millones de veces, que tan sabiamente pospusieron el Mundo a la Religión y supieron acertar con el camino de la mayor felicidad". De los mismos sentimientos fueron un piadoso Clérigo, natural de aquella Ciudad, que les visitaba muchas veces, y otras personas seglares, especialmente un Salteño establecido en Córdoba, que les ofreció su casa y familia a su servicio, y que les enviaba a un hijo suyo, que viese lo que les faltaba y les sirviese en lo que necesitasen. El Sr. Dr. Garay, Deán de la Catedral, les saludaba por medio del mencionado Clérigo, animándoles a la perseverancia en su vocación y añadiendo que la causa de no hacerles una visita eran los bien fundados respetos. Hubo también quienes les hicieron sus limosnas de ropa y dinero, especialmente a uno de ellos. Las Monjas, así Teresas como Catalinas, y generalmente las personas buenas de juicio y carácter les animaban a la perseverancia, alabando el acierto y seguridad de su conducta. Los RR. PP. de Santo Domingo pidieron los nombres de todos para asentarlos en la Cofradía del Rosario.

3. Reunión con la Comunidad

Aunque Su Majestad había ordenado que sólo se les diese el espacio de 24 horas para que se resolviesen, no obstante se iba alargando el término. Pasados 3 o 4 días, no pudiendo los Novicios sufrir más largo tiempo la ausencia de su Casa y la separación dolorosa de los Padres, y temiendo no poco lo que a sus oídos cacareaban sus émulos, y era que sacasen a los Padres que estaban en el Colegio, dejándoles a ellos en aquel Convento para probarlos más, o repartidos en casas de seglares, como tristemente auguraban otros, determinaron escribir desde luego a D. Fernando Fabro, que era el Comisionado. Tuvieron la Consulta, que en cualquier otro negocio común acostumbraban tenerla, para ir todos de común acuerdo y, como el deseo de juntarse al resto de la Comunidad y poner en salvo su vocación era igual en todos, fue prontísima la decisión, la que mereció también la aprobación del P. Guardián, a quien comunicaban con gran confianza cuanto se les ofrecía, y nada hacían sin su consentimiento. El contenido de esta primera carta fue el que se sigue:

Sr. Teniente del Rey D. Fernando Fabro:

Puesto que el ánimo y real intención de Su Majestad, y ahora en las presentes circunstancias también de V. S., en separar a los Novicios del resto de la Comunidad, no ha sido otro que el darnos una plena y perfecta libertad para la elección de que se trata, y hallándonos todos en una firme y concorde determinación de perseverar en nuestra vocación en la Compañía de Jesús, aun a la prueba de más duras experiencias, prontos a derramar nuestra sangre en su defensa, después de haberlo mirado en el espacio de cinco días largamente y con madura reflexión ante el Divino acatamiento en la Oración y fuera de ella, consultándolo con personas de toda distinción en ciencia, prudencia y santidad, puestos todos humildemente a los pies de V. S. en la más rendida sumisión, suplicamos se digne, cuanto antes le pluguiere, de explorar nuestros ánimos y, vista la firmeza de nuestra resolución, juntarnos luego, o por lo menos uno o dos días antes de la partida, con nuestros Hermanos para disponer de nuestra pobreza y reparar de algún modo la pérdida de ropa, que la precipitada salida del Colegio y confusión de aquella noche nos ocasionó. Muchos se hallan con la muda de 16 días sin tener ya camisas ni otra ropa blanca de que echar mano. Por tanto confiamos en la singular piedad de V. S. y esperamos de sus paternales entrañas conmiseración en nuestra suerte y miseria, y la más pronta, que se pueda y el negocio lo permita, restitución a nuestra Casa e incorporación con nuestros Hermanos. Esto suplicamos rendidamente a la benignidad de V. S. los 11 Novicios depositados en el Convento de San Francisco.

B. I. mº de V. S. sus humildes y prontos siervos, los Novicios de la Compañía de Jesús.

No dejaba de haber su dificultad en hallar quién quisiese llevar esta carta, pero la venció el hijo del ya dicho Sr. Salteño, que fue el Portador de ella. La respuesta fue tan benigna y favorable como se esperaba, pero no tuvo por entonces el pronto efecto que deseaban, por haberse sin duda el Teniente del Rey olvidado con el embarazo y tropel de cosas a que tenía que atender. Impacientes los Novicios, volvieron a escribir otra carta, cuyo contenido era el mismo que el de la sobredicha, sólo que en ésta proponían aún con más viveza las mismas cosas de la primera. No fue en vano la repetición de la súplica, consiguiendo al punto lo que pretendían. Envío el Sr. Fabro a su Ayudante para que explorase los ánimos de los Novicios. Juntólos éste a los 11 en la celda del P. Guardián, y allí, en presencia de Su Paternidad y de un Escribano, preguntó al más antiguo lo que acerca de su vocación había determinado en los días que sólo a este fin se les habían concedido; que no tuviese mira a respetos humanos, que dijese libremente lo que delante de Dios jugaba convenirle más. El Novicio dijo resueltamente que su ánimo firmísimo era seguir la Compañía y mantenerse en su

vocación. Lo mismo dijeron los otros 10, que estaban presentes, y les hicieron la misma pregunta. Puso todo por escrito el Escribano y firmaron los 11. El P. Guardián, y a lo que parece aun el Ayudante, dieron muestras de complacerse en la determinación de los Novicios, y éstos no acababan de dar gracias a Dios y a la Santísima Virgen, por cuya intercesión creían haber conseguido su perseverancia y la victoria en aquella primera prueba pública.

Ya esperaban por momentos el que les sacasen del Convento para llevarles al Colegio, y no les dilató mucho aquel consuelo, porque la noche siguiente, a cosa de las 8, fue por ellos el mismo Ayudante. Ya en la Ciudad se había divulgado la salida de los Novicios y con esto, cuando les sacaron del Convento, había mucha gente con gran número de luces, que pusieron por donde habían de pasar para distinguirles y conocerles. Y, como los condujeron sin escolta, pudieron muchos acercarse y acompañarles conversando con ellos hasta la puerta del Colegio. Por toda la calle encontraron muchos hombres y mujeres que prorrumpan en tiernos suspiros, clamaban al Cielo y derramaban muchas lágrimas de compasión y ternura. Iban los Novicios parte confusos y parte avergonzados y no poco embarazados, con los pequeños fardos que habían formado de sus libritos, alguna poca ropa y tal cual cosilla. Al llegar al Colegio echaron los soldados al tropel de gente que se había juntado, y entraron dentro los Novicios. Lleváronlos al Refectorio, en donde los Padres y Hermanos que, con los que habían llegado de las haciendas, eran ya 119, y se mantenían con la estrechez ya dicha. Les recibieron como en triunfo, queriendo cada uno de ellos ser el primero en abrazarles y darles mil parabienes de su generosa resolución, y corresponder con demostraciones de agradecimiento al amor fiel que mostraban a su Madre la Compañía, aun en medio de verla tan perseguida. Esta noche sola del martes y el siguiente día, miércoles, se detuvieron en Córdoba y se les concedió a los Novicios la particular gracia de dormir y habitar en un aposento que se les señaló para eso, con el privilegio de poder entrar en el Refectorio cuando quisiesen, del cual se aprovecharon tan a su satisfacción que apenas salieron de él.

4. Desde Córdoba hasta Barragán

Dispuestas ya todas las cosas para el viaje y preparado el carruaje, salió aquella numerosa Comunidad, que con los Novicios llegaba al número de 130, a la media noche entre el 22 y 23 de julio. Salían con los corazones partidos de dolor, por representárseles con viveza el miserable estado en que quedaba la Ciudad, los lamentos y llanto que en el silencio de la noche resonaban por todas partes. No es fácil el explicar lo que padecieron en las 160 leguas larguísimas que hay desde Córdoba hasta la Ensenada de Barragán. La estación era muy desapacible por ser el rigor del invierno, y la incomodidad y desabrigo del carruaje insoportable. La necesidad de pasar 20 o 30 noches y días seguidos a cielo descubierto, por ser tan dilatados los viajes, y tan poco acomodadas las casas que se encuentran en el camino, hizo inventar unas casas portátiles, en que el caminante, fuera de sus baúles, cajas o petacas, lleva también todo lo necesario para el viaje y su cama. Estas casitas de nueva invención son de dos especies. Las unas se llaman Carretones, son de tabla y se reducen a un cuadro no perfecto de dos varas y media de largo y unas cinco cuartas de ancho, de suerte que cabe en él una cama, algún asientito y la caja, baúl o petaca; tiene una puerta por detrás y una ventana por delante; todo este armatoste estriba en el eje de las dos ruedas y va tirado de cuatro bueyes que se remudan de media jornada a media jornada. La otra especie, que se llaman Carretas, se diferencia del Carretón en que comúnmente es un poco más estrecha y tiene las paredes de paja y el techo de cuero de buey. Así en los Carretones como en las Carretas, que son las comunes, suele caminar ordinariamente sólo uno, ni hay lugar para más. Sólo cuando pasaba alguna Misión, por cuanto los sujetos no llevaban mucho tren, sabían hacer de una Carreta dos, poniendo en medio un cañizo o atado de cañas ensartadas, que aseguradas a los dos lados de la Carreta, de modo que no cayesen sobre el que estaba debajo, hacía división y remedaba en tierra los camarotes del navío. Pero el llevar a tres en un Carretón y cuatro en una Carreta sólo se reservaba para los Ejecutores del Arresto de los jesuitas del Colegio de Córdoba del Tucumán. Así hicieron el viaje los dichos 130 sujetos, lo que causó tanta extrañeza a los Padres, que estaban en la Casa de Ejercicios del Colegio de Nuestra Señora de Belén de Buenos-Aires, que no lo quisieron creer hasta que quedaron bien certificados de la verdad. Allegóse a esto que, por la prisa con que hacía caminar el Jefe, no les daba de comer sino de 24 en 24 horas, y entonces dos platos mal guisados, y aun esto les faltó la víspera de la Asunción de Nuestra Señora.

Así que llegaron a la Ensenada de Barragán, sin dejarles descansar ni un rato, les embarcaron en la Fragata del Rey, “La Venus”, aunque bien veían que todavía ni ella ni los demás navíos que habían de llevar a los jesuitas, estaban ni estarían en mucho tiempo en estado de hacerse

a la vela. No es fácil decidir si este penoso viaje serviría más de desanimar a los Novicios por lo mucho que padecieron en él, así como todos los demás, o antes bien de alentarles, esforzarles y animarles a padecer mucho más, viendo que una Comunidad de las circunstancias arriba dichas se mostraba tan valerosa y constante, sin embargo de haber quedado varios sujetos estropeados del viaje y más muertos que vivos. Parece que quiso el Señor amaestrarlos a padecer lo mucho que aún les restaba, a vista de sus amantísimos Padres y carísimos Hermanos.

5. En Buenos-Aires

A los 10 días, poco más o menos, de haberse embarcado, les consternó y afligió sumamente la orden que se les intimó de pasar inmediatamente a una lancha, que despachaba el Sr. Gobernador D. Francisco Bucarelli para que los llevase a Buenos-Aires. Haciendo por una parte reflexión de que ya con ventajas se había ejecutado la Orden del Rey de darles tiempo para ver si se determinaban a seguir a los Padres, y sabiendo por otra que el dicho Gobernador era tenido por enemigo de los jesuitas, temían el que con violencia les quitasen la sotana o que los dejasen en tierra imposibilitados de poder seguir a quienes tanto amaban, por lo que no es decible la pena que les causó esta tan inopinada novedad. Varios de ellos prorrumperon en copiosas lágrimas y todos ellos quedaron poseídos de un vehementísimo dolor y sobrecogidos de un santo temor de perder por fuerza lo que sólo la muerte era capaz de hacerles dejar. Entre tiernos abrazos y amargas lágrimas se despidieron de los Padres, que quedaban igualmente afligidos, y con el consuelo únicamente de que los Padres, que estaban en la Casa de Ejercicios de Buenos-Aires, suplirían acaso lo que ellos de ninguna manera podían ejecutar, buscando modo de instruirlos acerca de lo que habían de hacer. Pasaron los pobres Novicios aquella noche y la mañana del día siguiente como se deja entender. Llegaron a mediodía a Buenos-Aires y ya al desembarcar casi se olvidaron de sus trabajos, viendo que el Señor les descubría modo de poder comunicar con los Padres que estaban encerrados en la Casa de Ejercicios del Colegio de Belén. Un mozo llamado Martín Aramburu, guipuzcoano y amigo íntimo de tres de los Novicios, el cual, atropellando peligros y no reparando en gastos, haría sus visitas a los Padres, les estaba aguardando a la orilla del río. Saludóles, abrazóles, acaricióles y recibióles a todos, y especialmente a sus tres amigos, con las más tiernas demostraciones de afecto. Dioles noticia de cómo lo pasaban los Padres de los dos Colegios que estaban allí cerca en la Casa de Ejercicios, y de la alegría que todos admiraban en ellos. Aseguróles que el fin, a que les llamaban, era a que dejasen la sotana, pero que mirasen lo que hacían y la dicha grande que tenían de seguir una Religión tan perseguida, y que él la abrazaría con mil amores. Exhortóles con todas veras a que se mantuviesen firmes, y díjoles que no le faltaría modo para que se pudiesen comunicar mutuamente con los Padres, que él mismo sería el mensajero y les iría a ver adonde les llevasen.

Con tan gustosa conversación les fue divirtiendo Aramburu hasta que los soldados le mandaron que se retirase por estar ya cerca de la Ciudad. Poco antes de entrar en ella habló uno de los 11 Novicios a los demás y les dijo: “Carísimos, vamos a predicar por esas calles, hechos el espectáculo de todo el pueblo: cuidado con la edificación y honra de nuestra Madre la Compañía”. Esto sólo bastó para que todos fuesen por las calles de dos en dos y con la compostura y modestia que pide en sus Hijos nuestro Padre San Ignacio, y guardando silencio con tanta escrupulosidad que aun aquéllos que por precisión iban inmediatos al Oficial, que les guiaba, se hacían mudos y respondían solamente con la cabeza o con la risa, y cuando mucho con tal cual palabra sacada violentamente. De este modo pasaron por las calles de Buenos-Aires, edificando a los muchos que se asomaban a las ventanas o salían a las puertas de las casas o se hacían contradizos. No dejaba de causarles algún sonrojo el verse escoltados de seis Granaderos y ser llevados como presos, pero la memoria de lo que el Señor padeció por ellos les hizo tan llevadero que se sabe de algunos que tuvieron positivo gozo de tener que ofrecer a Su Divina Majestad aquella tal cual confusión y vergüenza. La casa, que les tenían destinada, era la de los Ejercicios de Mujeres. Allí les pusieron al cuidado de una Señora que vivía en ella, y como vecina y criada de los Padres conservaba amor a la Religión e individuos de ella. Bien lo mostró con los Novicios, a quienes les trató muy regaladamente y estaba tan lejos de disuadirles el que siguiesen su vocación que antes bien, en las ocasiones que procuraba lograr a escondidas de los soldados, les animaba a sufrir todo con paciencia a trueque de no desamparar la Religión. Al siguiente día a su arribo pasó el Secretario del Gobernador con un Escribano y les intimó la Orden del Rey, que ya les habían leído en Córdoba, y sin meterse en más les dijo que se les volvían a dar algunos días para que pensasen bien lo que les convenía y en ningún tiempo pudiesen llamarse a engaño.

Los Padres del Colegio de Belén sabían al por menor cuanto pasaba a los Novicios y el encuentro que tuvieron con Aramburu, que al punto fue a contarles todo y consolarles, certificándoles del aliento y magnanimidad que mostraban sus envidiados Novicios. Agradeciéronselo los Padres y se alegraron sumamente y el P. Rector le entregó un papelito para los Novicios, en que señalaba a uno de ellos por Superior y les daba brevemente alguna instrucción de las facultades y licencias que podían usar, del modo con que habían de proceder y de la distribución que habían de guardar. Y finalmente, congratulándose con ellos de su constancia, les animaba a perseverar. Sólo a una cosa propuso al Superior, y fue a su elección; luego se dirá por qué razón.

Poco tiempo después de haber leído el ya dicho Decreto a los 11 Novicios de Córdoba, llevaron a la misma casa a otros 8, también Novicios, que acababan de llegar de España. Estos pobrecitos habían padecido muchísimo en la mar y, cuando ya pensaban descansar un poco en el término de su larga y penosa navegación, se hallaron improvisadamente arrestados, aun antes de saltar a tierra. Intimóseles el Decreto de expulsión. Embargóse todo lo que iba de la Misión y sacaron a tierra así a los sanos como a los enfermos que eran muchos. De ellos era uno el P. Procurador de la Provincia de Chile, que llegó tan malo que murió a pocos días y fue enterrado en la Iglesia Matriz de Montevideo. A los Novicios les pusieron aparte, pero no se dio por satisfecho de esta prueba el Sr. Bucarelli, y así los llamó a Buenos-Aires y los incorporó con los demás que estaban en la Casa de Ejercicios, y allí se les leyó el ya dicho Decreto. Así los que llegaron el día antes como los que entraban de nuevo se alegraron sumamente de verse juntos, diéronse muchos abrazos y desde esta primera vista se empezaron a alentar mutuamente a la perseverancia. Había entre los recién llegados un Sacerdote, y éste fue el motivo de la propuesta del Superior electo, que era Coadjutor. Admitiósele el P. Rector y nombró en su lugar al Sacerdote, el cual eligió por su Ministro y Distributario al que propuso el Superiorato. Entablaron luego su distribución y vivían una vida verdaderamente religiosa, y bien les hizo al caso para lo que después fue sucediendo.

Al día siguiente un Capitán de Forasteros, hombre muy locuaz y bien conocido en la Ciudad, y a quien ninguno contaba entre los afectos a la Compañía, no se sabe si por sí mismo o por orden superior, pasó a la casa donde moraban los Novicios y está muy cerca del Colegio grande, cuyo arresto, embargo etc., había corrido y corría a su cuenta. Llamólos uno por uno y les preguntó a cada uno de ellos a solas si había entendido bien el Decreto de Su Majestad. Y aunque todos le respondían que sí, no obstante les dijo en suma a lo que se reducía, haciendo mucho hincapié sobre el salir expatriados y añadiendo la circunstancia de que, aunque los Padres volvieran en algún tiempo a España, ellos jamás habían de volver. Les preguntó luego si habían aconsejado a otro que no desamparase la Compañía. Les dijo también que si querían tomar consejo de alguna persona de autoridad, no tenían más que avisar, que cualquiera que pidiesen, aunque fuese el Sr. Obispo, vendría gustoso a oírlos o se les enviaría coche para pasar adonde quisiesen. Aunque a ninguno aconsejó a las claras que dejase la sotana, y daba muestras de quien no tenía particular empeño, antes estaba indiferente y sólo buscaba su bien de ellos, no obstante con varios se explicó de modo que bien se conocía qué era lo que intentaba. Hízoles mil promesas y procuróles amedrentar, poniéndoles mil espantajos y abultando a su modo las cosas. Proponía las razones que había para que dejaran la sotana, y eran las que todos les representaban, pero él las proponía con un nuevo aire, paliándolas y disimulándolas con su parlamento sagaz y mañoso para que cayese algún incauto. Pero no consiguió nada de esta su tentativa. Las respuestas, que recibió, fueron varias: unos le respondieron con mucha resolución y coraje; otros con un género de sumisión; otros, como que eran de su mismo parecer, daban a entender que se ponían de su parte. Y así se despidió poco contento.

No faltaban al mismo tiempo quienes, por el contrario, les animaban a la perseverancia en la Religión. Animábanles los dos Religiosos, el uno Dominicano y el otro Franciscano, a quienes desde el primer día de fiesta les enviaron para que les confesasen y les dijeren Misa, y continuaron aun después de haber llegado el P. Novicio. Animábalas el guipuzcoano Aramburu, que les hacía sus visitas. Y finalmente les animaba también, como se ha dicho, la Señora que cuidaba de la casa. Y ellos mutuamente se enfervorizaban, ni acertaban a hablar de otra cosa. En una de estas conversaciones, confió el uno de ellos a otro los ánimos que tenía de llamar a Su Ilustrísima, pero apenas oyó lo que el otro le decía, mudó de resolución y desechó la tentación, en que estaba ya para caer, de aceptar un empleo que le habían ofrecido. También iban otros dos poco firmes, pero les mantuvo la buena compañía, el ejemplo, las palabras y las diligencias y oraciones de los otros compañeros.

No podía llevar en paciencia el Demonio el que 19 Novicios se riesen y burlasen malamente de él, y determinó darles otros asaltos. Valióse primeramente de dos Forasteros. Sabía bien el astuto, como tan diestro en hacer guerra, cuál era la parte por donde había de abrir más peligrosa brecha. Bien veía cuán resueltos estaban los Novicios a huir el más mínimo pecado. Y así por aquí fue por donde les quiso derribar. Consiguieron licencia para entrar en las casa de Ejercicios dos mendozinos, a ver si estaba allí un primo suyo, natural de Mendoza, Ciudad del Reino de Chile y distante de Buenos-Aires más de 200 leguas, al cual querían llevar consigo a su patria. El tal había ya hecho los votos poco tiempo antes del arresto y estaba con los demás en “La Venus”. Como no encontraron a quien buscaban, porque su ida no fuese enteramente inútil, trabaron conversación con el que hacía de Ministro y Distributario y había salido a ver lo que querían, y despuntado de Teólogos y haciendo de los sabios, como quienes habían frecuentado las Escuelas, le empezaron a decir cuanto se les puso en la cabeza para que dejasen la sotana, asegurando que el derecho natural, bajo pecado mortal, les obligaba a ello. Hombres más condecorados debieran ser para hacerles creer a los Novicios semejante desatino, y así fueron vanos sus discursos y no consiguieron nada. Más fuerte era la tentación con que acometieron a varios en particular ya sus Patrones o Amos antiguos, ya algunos amigos y conocidos, prometiéndoles mil conveniencias. Pero a todo se resistieron con denuedo, excepto dos de los que acababan de llegar de España, que vencidos, o de las promesas o del temor de exponerse a sufrir otra vez tanto como acababan de padecer, se rindieron los miserables cuando al octavo día les llamaron a todos a que pusieran por escrito su determinación. Merece referirse por menudo cómo se ejecutó este acto.

Metieron dentro de la casa una compañía de Granaderos, repartieronlos por el patio y tal cual planta, y, cuando ya estaban dentro el Secretario y el Escribano, llamaron a todos los Novicios y los encerraron en la Capilla, poniendo un centinela a la puerta de ella. El Secretario y el Escribano entraron en el Refectorio, y luego el Oficial con un soldado llevó allí desde la Capilla a uno de los Novicios, y, así que estuvo dentro, cerró la puerta con llave. Leyóle de nuevo el Escribano el Decreto del Rey y el Secretario le hizo poner por escrito lo que escogía. Y acabado de firmar, fue conducido por algunos soldados a uno de los aposentos de arriba, sin permitir que se comunicase con los que no habían firmado. De este modo fueron llevando a todos ellos, uno a uno. Dos solos fueron, como ya se ha dicho arriba, los que desampararon en esta ocasión la Religión. Los demás protestaron que de ningún modo se rendían. Ya antes que se acabase la función, sospecharon que dos habían vuelto las espaldas, porque, después que firmaron, no les llevaron al aposento en que estaban los demás, sino los pusieron en otro separado, y quedaron certificados cuando, luego que firmaron todos, y estando ellos todavía encerrados, vieron que sacaban sus camas.

Mucha pena causó a los otros la deserción de estos dos cobardes, a quienes llevaron luego al Colegio, adonde les detuvieron hasta que les hiciesen vestir. Procuraban por una parte excusarles por lo mucho que acababan de padecer en tan procelosa y prolija navegación; y por otra parte alababan los altos juicios de Dios, en cuyo servicio habían procedido hasta entonces los dos infelices. Y el oír el poco caso que se hacía ya de ellos en la Ciudad, les alentó más y más a no desamparar su puesto, y más sabiendo que ya con lágrimas mostraban su arrepentimiento.

6. Travesía del Atlántico

Ya el poco tiempo que estuvieron en “La Venus” y el viaje a Buenos-Aires, aunque tan corto, en que padecieron alguna parte de los trabajos que lleva consigo la mar, era bastante para que aun los americanos, que jamás se habían embarcado, formasen algún concepto de lo que les aguardaba. Pero todavía quiso el Señor que lo experimentasen más en circunstancias en que estaba en su mano el evitarlo con sólo echar una firma. Sacáronles de la Casa de Ejercicios y les embarcaron en una lancha para llevarles a los navíos, que estaban a la vista de la Ciudad y se mantenían sin apartarse de ella por ser contrario el viento. Empezó éste a soplar tan recio que, alborotándose el río y encrespándose las olas, se levantó una tempestad deshecha. Tres días enteros estuvo la lancha en una continua y violenta agitación, hecha juguete del proceloso viento y de las furiosas olas. Bien pudieran haber metido a los pobrecitos en la Ciudad, y más habiéndolo pedido ellos, pero no quiso Dios y permitió que los hombres, sin rastro de humanidad, estuviesen mirando a aquellos inocentes jóvenes, que faltos de avío y aun de víveres, con grande incomodidad y sumamente debilitados, pasaron ocho días enteros en tan penosa cárcel. Al cabo de ellos metieron en la misma lancha a los Padres y Hermanos de los Colegios de Corrientes y Santa Fe, y con eso, si bien los Novicios se alegraron de verse otra vez incorporados

con sus amantísimos Padres y Carísimos Hermanos, y éstos de abrazar a quienes tanto les amaban, pero quedaron tan apretados e incomodados que era preciso que muchos, si no todos los Novicios, se mantuviesen en la cubierta de la lancha, expuestos a la inclemencia del tiempo y bien mortificados del frío. Hiciéronse finalmente a la vela para los navíos y llegaron a ellos con prosperidad. A los 6 recién llegados de España los dejaron en un Paquebote con el P. Cosme Agulló, Operario de Buenos-Aires, a quien el Gobernador señaló por Superior de ellos; a los otros 11 los llevaron a la Fragata “La Venus”. Cuál fue su alegría y regocijo cuando se vieron en ella, cuáles las demostraciones de gozo con que fueron recibidos de los Padres y Hermanos, qué abrazos se dieron tan tiernos, lo podrá considerar cada uno. Ya el número de sujetos se había aumentado en “La Venus”, porque, mientras los Novicios estuvieron en Buenos-Aires, trasportaron a ella los que acababan de llegar de España, a todos los que estaban sanos, y con los 11 Novicios venían a ser 161, con lo que bien se deja conocer la incomodidad con que lo pasarían en la navegación, la cual, gracias al Señor, fue felicísima, y en menos de tres meses se pusieron en España, pues habiéndose hecho a la vela el día 12 de octubre de 1767 desde la Punta de Piedra, que cae en frente de Montevideo, en donde se levanta la última vez el ancla y por eso se reputa el principio del viaje, arribaron a Cádiz a 5 de enero de 1768. Y hubieran llegado mucho antes si el Capitán hubiera sido más resuelto y, aprovechándose de los buenos vientos, hubiera echado más vela, como aun los marineros lo deseaban.

Pocos días después y con igual prosperidad arribaron los del Paquebote al Ferrol, en donde los pasaron a otro navío y los tuvieron en él, sin dejarles saltar a tierra, hasta que por orden de la Corte sacaron a 4, a los cuales, después de varias tentativas, les quitaron a fuerza la sotana y quedaron en España. Acaso se hizo esta división porque avisaron que ya dos no eran Novicios por haber hecho los votos en la mar, como de hecho era así. Y el uno de ellos, que fue reputado según las señas por Novicio, con admirable heroicidad y a costa de grandes trabajos consiguió finalmente llegar a Faenza, en donde vive contento con sus Hermanos. De los dos que quedaron con el P. Cosme, el uno era Coadjutor y había hecho ya los votos en el viaje. El otro, que era el Padre y le faltaba poco tiempo para cumplir el bienio, habiéndolo cumplido al llegar a Cádiz, adonde les enviaron en un navichuelo inglés, hizo los votos antes de saltar a tierra. Volvamos ya a los 11 que salieron del Noviciado de Córdoba, que son el principal objeto de esta relación y de los cuales solos 8 eran Novicios, porque 3 habían ya hecho los votos en la Fragata.

7. En Puerto de Santa María

Pasado mes y medio con los demás sujetos de la Provincia en el Hospicio del Puerto de Santa María, los llevaron por orden de la Corte al Convento de San Francisco. Como ya estaban aguerridos con lo pasado, no les hizo tanta mella esta separación, ni tampoco ellos se temían que aún les restase tanto como les restaba de padecer. Era tiempo de Cuaresma, cuando les llevaron, y valiése de esta circunstancia el P. Guardián para encargarles el retiro, asegurándoles que él cuidaría de que tampoco sus Frailes les perturbasen. De hecho a los principios ninguno de ellos asomaba a sus aposentos, sino tan cual vez alguno u otro de noche, después de tocar y acostarse. Ninguno les decía claramente que desamparasen la Religión, pero sin embargo parece que todos tiraban a ello, movidos de compasión, pues les ponderaban los trabajos que habrían de padecer y les representaban lo que padecían ya en Córcega los Padres de las Provincias de España y que, aun llegando a las ventas con el Santo Cristo en la una mano y dinero en la otra, apenas podían conseguir qué comer. Y que, supuesto que allí no vivían vida religiosa, sería mejor que se quedasen a hacerla en alguna otra Religión. El P. Guardián, ya desde la primera conferencia que tuvo con ellos, se mostró deseoso de que no persistiesen en querer seguir a la Compañía, diciéndoles entre otras cosas que él, por lo que le tocaba a su persona, aunque estaba resuelto a no dejar el hábito que traía, sin embargo no sentía en sí tanto ánimo como ellos mostraban.

En una ocasión les decían los Frailes, y el P. Guardián con ellos, que la Compañía estaba ya extinguida, y, preguntándoles por qué autoridad, respondían que por la del Rey. Y como los Novicios, al oír esto, se tendiesen de risa, el P. Guardián quedó tan corrido que a toda prisa se metió en su celda. Otro día tuvieron una fuerte disputa con el Regente de Estudios. Empeñóse éste en probar que los Novicios de la Compañía, hechos los votos simples, eran como los Donados de su Convento, que no tenían hecha profesión alguna ni obligación alguna de perseverar en la Religión. Cuando los Novicios oyeron esta proposición, se echaron todos sobre el Fraile, alegando unos una razón y otros otra, y mostrándole la Bula de Gregorio XIII, que expresamente declara lo contrario, el buen Religioso, acosado por todas partes y convencido, no teniendo que responder, confesó llanamente que se había equivocado. Con éste y otros lances semejantes los Novicios cada día se fortalecían más y más.

Saliendo una noche del Refectorio, les empezó a hablar el P. Guardián, y les dijo: “Hijos míos, yo no sé en qué pensáis. Las cosas de la Compañía van muy mal y vosotros no reflexionáis en ello. Yo confieso que, si me hallara en semejante lance al vuestro, aunque fuera Guardián, dejaría desde luego sin ningún escrúpulo mi hábito. Sería en lo interior Religioso Franciscano, y tendría estos trabajos por clara señal de que Su Divina Majestad no me quería en esta Religión”. Respondieron los Novicios, admirándose de lo que oían: “Pues, Padre, si Vuestra Paternidad lo hiciera, nosotros no lo queremos hacer, porque sabemos que a la vocación religiosa suele estar frecuentemente ligada la salvación de un Religioso, y que Dios Nuestro Señor acostumbra probar a sus siervos con semejantes y aun mayores trabajos”. Y replicándoles que ya no podían en las presentes circunstancias conseguir el fin de su Instituto, satisficieron los Novicios, diciendo que Cristo Nuestro Señor, San Pablo y todos los Apóstoles habían tenido la misma vocación que los jesuitas y, con todo eso, sin faltar a ella, el Señor estuvo en profundo silencio 30 años, su Apóstol 2 en la cárcel y los demás fueron también frecuentemente aprisionados.

Otra noche fue a ellos muy de propósito el mismo P. Guardián y les dijo que sus Frailes le enviaban a que, pues no les permitía a ellos hablarles, él les hablase claro y les propusiese sin rebozo lo mucho que tendrían que ofrecer a Dios si persistían en seguir a los Padres, y que así les encargaba que mirasen bien lo que hacían. Rodeáronle los Novicios y mostraron tanto coraje que le respondieron con tal resolución que finalmente les dejó en paz, diciéndoles: “Pues, hijos, si la Cruz de plomo se os hace de paja, cargaos con ella enhorabuena”. Otro día encontró a un H. Coadjutor, que salía del Coro, y con aquel su acostumbrado fervor le dijo: “Hombre, ¿dónde vas? ¿No ves que todos vosotros vais perdidos? No os precipitéis”. El Hermano al principio se turbó un poco, mas, volviendo luego en sí, le dijo: “Padre mío, ¿quién sabe si del perseverar ahora en la vocación depende nuestra salvación eterna! ¿Me asegura Vuestra Paternidad que no?”. El P. Guardián, que se ahogaba aún en menos agua, se contuvo algún tanto, pero prorrumpió luego diciendo: “¿Y quién te ha dicho, hombre, que en la Compañía te salvarás, si perseveras?”. A lo que el Hermano, simplemente, y sin reparar lo que decía, le respondió: “Padre, eso lo sabe y juzgará cualquiera con tal que tenga un poco de juicio en la cabeza”. Con esto quedó atajado el buen P. Guardián y pasó adelante sin hallar qué reprender en la respuesta del Novicio. Muy lejos estaban de imitar a los otros aquellos Religiosos con quienes se confesaban, los cuales, aunque se dolían y compadecían de sus trabajos, sin embargo en las confesiones alababan su conducta y les animaban diciendo que el camino de los trabajos era seguro y el que Cristo Nuestro Señor nos lo mostró con su ejemplo, y que los demás eran peligrosos y de temer.

La primera cosa que entablaron luego que llegaron los 8 del Paraguay y la continuaron después todos los de las cuatro Provincias, fue la distribución del Noviciado, gastando fuera de eso muchos ratos en oración delante del Santísimo Sacramento. Todos se confesaban con mucha frecuencia y el P. Guardián les daba de su mano la comunión los días que, según las reglas de la Compañía y costumbres de las Provincias, debían comulgar. Como no les estaba privada del todo la comunicación con los seglares, el Pretendiente, que fue el Demandadero de los paraguayos en Córdoba, lo fue también aquí de todos. No obstante, reparó Nicolás que el P. Guardián no gustaba de que frecuentase tanto las visitas, pero, como no le conocía, fácilmente le pudo engañar. Fingióse pariente o conocido de uno de los Novicios y que quería quitarle de la cabeza la tontera de seguir a los Padres, y así consiguió amplia facultad para entrar a verlos. Con este pretexto les hacía sus visitas y mantenía corriente la comunicación de los Novicios con su Maestro de ellos y su Ayudante o compañero. Entre otros les iba también a ver y consiguió licencia para estar con ellos un piadoso Clérigo de *Sancti Spiritus*, que visitaba también frecuentemente a los Padres. De este buen Sacerdote fue de quien se valió el Sr. Oscáriz para ofrecer a los Padres cuanto necesitasen los Novicios, a los cuales no volvió a ver desde que tuvo no sé qué palabras con el Lego Enfermero. No fue ésta la única vez en que este buen Lego les dio que sufrir a los pobres Novicios. Luego que entraron en el Convento, empezó a mortificarles, dándoles palmaditas y diciéndoles: “¡Ah, pobres! Aquí vienen a pagar los pecados de los viejos”. Ni bastó el que uno de ellos, no pudiendo llevar esto en paciencia, le respondiese con sequedad lo que juzgó conveniente para hacerla callar. Continuó en molestarlos muy largo tiempo y, no contento con proponerles las razones que acaso le sugerían otros, les llevaba cuanto papel encontraba escrito contra la Compañía. No podían los Novicios aguantar tanta molestia y, reparando en los males que podían ocasionarles sus importunas visitas, determinaron cerrarle del todo la puerta. Un día en que estaba muy serio sentado en una silla, parlando como una cotorra acerca de las cosas ocurrentes, disuadiendo fuertemente, a algunos que le escuchaban, el que siguiesen a la Compañía, se levantó de su asiento el H. Baigorri y le dijo con mucha paz y serenidad: “Padre mío, hágame Vuestra Paternidad la caridad de irse a su celda y no poner más los pies en nuestra cámara”.

Quedó pasmado el Lego, sin saber lo que sucedía, pero, como todavía se detuviese algo, un Hermano catalán de la Provincia de Santa Fe, no pudiendo ya sufrirlo, le cogió por la manga diciéndole en buenos términos aquello del Venerable H. Berchmans en caso semejante: *Pater mi, en ianuam, abi qua venisti*. Obedeció finalmente el pobre y quedó escarmentado para en adelante, no queriendo ya exponerse otra vez a semejante sonrojo. Con esto se vieron libres de innumerables molestias y tentaciones en su vocación y gozaron de mayor paz.

Dos fueron los Decretos del Rey que se les intimaron a los 8 paraguayos casi luego que los metieron en el Convento de San Francisco, adonde, cuando les sucedieron los más de los lances referidos, ya estaban los de las otras tres Provincias, que llegaron poco después, como luego se dirá. El uno de los Decretos fue el de la Pragmática Sanción, el cual se les leyó a los paraguayos juntos en la celda del P. Guardián y en presencia de muchos Frailes. Pero como ya lo habían oído en el Hospicio, no les cogió de nuevo. El que les dio más cuidado fue el segundo, que les intimó el Sr. Gobernador del Puerto de Santa María, no a todos juntos, sino a cada uno de ellos en particular el día 24 de febrero de 1768, y se reducía a amenazarles de parte del Rey con que, si voluntariamente no dejaban ellos la sotana, se les quitaría a la fuerza o se les obligaría a dejarla, que no se les costearía el viaje y que éste lo habrían de hacer por tierra dentro del término que se les señalase. Confiados en la Providencia de Dios, que mantiene las aves del cielo, respondieron por escrito que nada de esto les aterraba y que de ningún modo soltarían por su voluntad la sotana. “No obstante –le escribieron al P. Juan Escandón, Maestro de Novicios de la Provincia del Paraguay–, no obstante estas durísimas condiciones, resolvimos unánimes seguir a la Compañía del dulce nombre de Jesús, y hacer nuestro viaje, aunque sea a pie y en traje de peregrino, a imitación de nuestro glorioso Santo, Stanislao de Kostka, hasta el mismo Roma, a fin de conseguir la sotana, que, si no es a pedazos y por la fuerza, no nos la quitarán”.

El primero, que celebró esta generosa constancia y valor de los Novicios, fue el mismo Gobernador, el cual, así que se acabó aquella función, se explicó con un Religioso que le acompañaba y le dijo que, sólo porque no decía bien con el oficio que hacía, no les había dado mil abrazos a aquellos jóvenes dignos de toda alabanza, y no pudo contenerse sin darles las gracias por su perseverancia y congratularse con ellos. Celebráronla también en la Ciudad. Y luego que tuvieron la noticia en el Hospicio, mostraron los Padres su agradecimiento. El P. Provincial de Santa Fe salió en persona al punto a pedir a los Padres de su Provincia limosna para costearles el viaje, y el P. Provincial del Paraguay, fuera de una limosna que no pudo ser tan copiosa como quisiera, les dispuso y remitió una patente muy honorífica para que la presentasen a nuestro P. General, si, como todos lo creían, se ponían luego en camino. Pero todo fue amenazas y nada se ejecutó por entonces. Al siguiente día a esta primera notificación llegaron otros de Santa Fe de Bogotá, y entre ellos 18 Novicios, a los cuales les juntaron con los 8 paraguayos, quienes se alegraron sumamente de la venida de los huéspedes, les recibieron con muchas demostraciones de caridad, les ayudaron en lo que se ofreció y les comunicaron el Decreto del Rey, que acababan de leerles. Y pudieron añadirles también para su consuelo una modificación que no dejaba de ser considerable, la cual la supieron del mismo Gobernador. Y fue el caso que, habiendo ido Su Señoría, después que habían firmado su resolución los 7 Novicios, al aposento del 8º, que estaba enfermo, le declaró que la circunstancia de hacer el viaje por tierra no se había de entender de modo que se viesen precisados a ello, sino que el Rey no les costeaba ni por mar ni por tierra, y que, si ellos por evitar los trabajos que tendrían que padecer por tierra, quisiesen viajar por mar, habrían de buscar navío a su costa, y así no habría dificultad en concederles pasaporte. Casi inmediatamente a su arribo leyeron a los 18 santafereños los dos Decretos que habían leído a los paraguayos, y respondieron todos del mismo modo que ellos. Comunicó el Sr. Gobernador a la Corte la respuesta de los 26 Novicios y, antes que viniese nueva determinación, arribaron a Cádiz otros Padres de otras Provincias, y con ellos 9 Novicios, 7 de México y 2 del Perú. Lleváronles también a San Francisco, donde les recibieron sus compañeros con mucha caridad y alegría. Entre los 7 mexicanos había un Padre y un Diácono, que se hicieron respetar y a todos se las tenían tiesas en punto a vocación, pero con religiosidad y modestia. Viendo el Padre que no le permitían decir Misa, alegando orden del Gobernador, o que acaso no sería de su beneplácito, dijo al P. Guardián que extrañaba que en un Reino tan Católico como España se metiese un Gobernador en si un Religioso dentro de los Claustros de una Comunidad había de decir Misa o no. Y no debió de ser ésta sola la claridad que oyeron de su boca así el P. Guardián como los Frailes, porque él consiguió licencia de celebrar en una Capilla interior. Él era hombre de edad, de letras y de mucho juicio, había sido Cura en México y Capellán de Monjas, y el Sr. Arzobispo de México le había hecho grandes instancias para que no tomase la sotana cuando le pidió licencia para tomarla. A estos 9 últimos no les leyeron en este Convento de San Francisco el nuevo Decreto, no se sabe por qué.

Como los aposentos, en que moraban, eran pocos, por eso estuvieron algo apretados. Por lo demás lo pasaron bien. El trato, en cuanto a la comida, era bastante bueno. Y el tiempo que se mantuvieron en este Convento, fuera de lo ya dicho, no les sucedió otra cosa particular que la de haber venido algunos parientes de algunos Novicios y otras personas por su orden e instancia para persuadirles que se quedasen en España. Entre otros fue un Clérigo a verles y vomitó de su boca tales desatinos y necedades contra los Papas que, de no haberles asegurado, sonriéndose, que, cuanto había dicho, no era más que una chanza y prueba de su vocación, que en lo demás era amantísimo de la Compañía, quedarán sumamente escandalizados. A un santafereño en particular y a un paraguayo les molestaron bien para que dejasen la Compañía. Al primero quisieron reducir a ello ya con espantos, ya con amenazas, ya con halagos; presentáronle una carta de su pobre madre, llena de mil expresiones afectuosas, pero él, cogiéndola en sus manos y diciendo “Éste será su contenido”, la hizo pedazos protestando que no tenía más Madre que la Compañía ni más amigo que el que le ayudase a mantenerse en ella. Acaso no fue menos fuerte la batería que dieron al paraguayo: pasaron a verle dos primos suyos con cartas de su padre y un Oficial de Caballería con orden de su hermano, para que sacándole del Convento en donde estaba, vistiéndole de seglar y aviándole en todo lo necesario, le llevasen a cualquier parte adonde él quisiese. Los tres cumplieron muy bien con su encargo e hicieron lo posible para llevarle consigo, pero todos sus esfuerzos fueron en vano, porque el Novicio se mantuvo constante.

No obstante todas estas pruebas, los Novicios lo pasaban alegremente porque el trato por una parte era bueno, como dijimos, y por otra estaban con alguna libertad, porque les dejaban andar sin reparo y libremente por el Convento, y por las tardes salían también a pasear a la huerta y tenían varias visitas de los seglares y cartas de los Padres. Y aunque los Frailes les molestaban quién más, quién menos, procurando persuadirles que se quedasen, sin embargo se hallaban muy bien entre ellos, así por su buen porte como también por el singular cariño con que siempre les atendieron: eran prontísimos en servirles en cuanto se les ofrecía, especialmente el Lego Compañero del P. Guardián, que les señalaron para que les asistiese. Era como un padre para los Novicios y, animándoles constantemente a perseverar en su buen propósito, les decía: “Yo confieso que todos los Institutos son santos, pero ninguno se iguala al de San Ignacio en cuanto a la enseñanza y prudencia, que tanto en él admira y admirará el mundo. Todos conocemos que en ninguna parte se crían los Novicios tan bien como en sus Noviciados. Desengáñense, que mejor Madre que más atiende a sus Hijos y que más amorosamente y con más cuidado los cría que la Compañía, no la hallarán”. El P. Guardián, cuanto se le pedía, tanto les concedía, excepto la lección en mesa, a que se opuso fuertemente. Él mismo negociaba lo que deseaban con el Sr. Gobernador, y lo que él les conseguía, ninguno lo alcanzaría. Procuraba en su favor cuanto podía y, aunque al principio se mostraba empeñado en persuadirles que dejasen la sotana, después desistió de este empeño y no les molestaba. Los Novicios le estaban muy agradecidos y le pagaban con no darle el menor motivo de sentimiento. Los Religiosos estaban sumamente edificados del proceder de sus huéspedes y se admiraban de que, hallándose sin Superior que celase sobre ellos, hiciesen una vida tan rígida y observante en un tiempo en que sus mismos Superiores (como ellos se explicaban) les concederían alguna más libertad. Declararon sus sentimientos a algunas personas de fuera, diciéndoles que era una maravilla ver tanto muchacho en la mayor observancia de su Instituto y de sus reglas; que en ellos verdaderamente habían conocido lo que es la Compañía y, observando la loable costumbre que tenían de visitar al Señor después de comer y cenar, la entablaron también ellos. También el P. Guardián se hacía lenguas en sus alabanzas y, reparando en su proceder tan religioso y reflexionando que otros que no se portaron en el mismo Convento con igual edificación, antes dieron que hacer y dejaron después la sotana, decía de éstos y en abono de la Compañía: “Verdaderamente éstos no son jesuitas ni su doctrina la que en la Compañía se les enseña”. Y con esto se desvanecieron muchas opiniones de aquellos Religiosos, injuriosas a la Compañía. Aunque todo el Convento estaba pasmado del tesón con que se mantenían los Novicios, del fervor y alegría que observaban en ellos, lo que más alababan y admiraban era la caridad de unos con otros. Los Confesores les animaban a proseguir en ella, porque decían: “Esto es lo que sumamente ha edificado a esta Comunidad”. Todos los Religiosos se pasmaron al ver que, llegando los Novicios del Nuevo Reino, salían los paraguayos a recibirles, les daban muestras del más tierno amor y caridad, abrazándoles y ayudándoles aquellos días en cuanto necesitaban, y tratando finalmente con ellos con suma llaneza. Preguntaban admirados: “¿Son de la misma Provincia? ¿Ustedes se han conocido mucho tiempo o tienen algunos hermanos carnales? Porque ¿cómo es posible de otra manera?”. “No es de extrañar que los Frailes se admirasen del religioso porte de los Novicios, pues ellos mismos casi se desconocían a sí mismos –dice uno de ellos en una relación–. Admirábamos la mudanza en nuestras almas tan sensible, y la Bondad de Dios

para con nosotros”. Y poco más arriba: “La devoción al Sagrado Corazón de Jesús se encendió fuertemente en los Novicios. Las visitas al Santísimo Sacramento eran continuas. No sabían salir de aquel Coro. La disciplina iban corrientes, tanto que el P. Guardián nos ofreció la compañía de sus Frailes. Y aunque una noche les envió a decir el mismo P. Guardián que dispensaba la disciplina, ellos, haciéndose cargo que con aquello no les mandaba que no la tomasen, agradecieron la dispensa, pero no se valieron de ella”.

No contentos en la Corte de las pruebas hechas con estos invencibles Novicios, mandaron que fuesen otra vez requeridos sobre la resolución que habían tomado, diciéndoles que si alguno estaba arrepentido, aún había tiempo y Su Majestad se lo daba, y alargaría más las treguas para que lo pensase mejor. Pero los Novicios, penetrando los designios y persuadiéndose que tal modo de proceder nacía de un odio entrañado contra la Compañía, se mantuvieron firmes. Vivían muy alegres y estaban esperanzados en embarcarse con los Padres, cuando de repente, el día 2 de mayo, pretextando acaso que era preciso desocupar el Convento para los muchos jesuitas que iban llegando (y de hecho pasarían ya de 1.000 los que había en El Puerto e iban viniendo más), los sacaron a todos los 35, a unos en caballos, a otros en bueyes y a los enfermos en Calesas para la Ciudad de Jerez. No fueron solos los Novicios los que sintieron esta salida. Sintióla, y mucho, el P. Guardián, que les había cobrado amor. Antes de salir ellos del Convento, fue a la Enfermería, adonde el día antes les habían mudado, y les abrazó a todos con mucha ternura y sentimiento, diciendo que toda la vida les tuviera en su casa, que habían desempeñado a la Compañía, y finalmente a la despedida se le vio llorar de pena.

8. En Jerez

Habiendo llegado a Jerez, se apearon antes de entrar en la Puerta de la Ciudad, adonde vino el Alcalde Mayor con sus Ministros y Escribano, y los repartió por los Conventos. A los dos limeños y a dos mexicanos, uno de los cuales era el Diácono, los enviaron a Belén, Convento de Mercedarios, y a los cinco mexicanos restantes, entre los cuales iba el Sacerdote, a San Agustín. El Convento, que cupo a los 18 santafereños y 8 paraguayos, fue el de Santo Domingo, adonde les entregó el Alcalde Mayor, a los 26 puestos en dos filas al P. Prior, diciéndole que aquellos Padrecitos se confiaban a Su Paternidad para que los tuviese en su Convento mientras ellos determinaban lo que había de hacer en orden a su vocación, y que él volvería a su tiempo a ver qué resolución tomaban. Y que en todo caso le encargaba a Su Paternidad que no les dejase tratar con los de fuera.

Despidióse con esto el Alcalde Mayor y fueron conducidos al Noviciado los 26 Novicios, que quedaron con el corazón cubierto de tristeza porque la vivienda, donde les encerraron con llave, era muy solitaria, sin ventana ninguna al campo, y, las que tenía a la calle, se podía decir que estaban cerradas del todo y, aunque no lo estuvieran, no se representaban a la vista más que ruinas de antiguos edificios. A esto se allegaba, y fue lo principal, el mal ceño y la mala voluntad, o por lo menos indiferencia y sequedad, que experimentaban en casi todos aquellos Religiosos. La comodidad de las habitaciones era ninguna. En 10 o 12 aposentos apenas encontraron tres o cuatro catres y otras tantas sillas de mesa, ni estante ni el rastro siquiera se vio, y así el suelo o el colchón hubo de servir de mesa, de catre, de silla y estante. Más sensible se les hizo el que aun les faltase la luz de noche, porque, pidiéndosela a los Frailes, respondieron que Su Majestad les pagaba el aceite, pero no los candeleros. Y la misma respuesta dieron cuando les pidieron torcidas y escobas, con que fue preciso que ellos mismos comprasen las cosas indispensablemente necesarias con algunos realitos que tenían. Con esto se acordaban del amor que nuestro Santo Padre nos pide profesemos a la Santa Pobreza y se alegraban de sentir tan abundantemente los efectos de ella. Todo esto les era muy llevadero. Lo que no podían aguantar era la guerra que les hacían en orden a su amable y apreciada vocación.

Aunque el Alcalde Mayor les hubiera aconsejado que les quitasen de la cabeza el seguir a la Compañía en su destierro, ni el P. Prior ni los Frailes pudieron haber excogitado medio más oportuno para conseguir el intento. El P. Prior procuraba amedrentarles. Al H. Sebastián (dicen los mismos Novicios en una Relación o apunte que formaron en el mismo Convento), al H. Sebastián dijo el P. Prior que incurriamos en tres pecados mortales, siguiendo a la Compañía: el primero de infidelidad al Rey, pues no hacíamos su gusto; el segundo por incurrir en excomunión cualquiera que murmura del gobierno de Su Majestad; el tercero faltando a la obligación que teníamos de mantener la honra propia. Los Frailes, siempre que lograban ocasión, les persuadían que se quedasen, especialmente algunos Coristas y el Maestro de Novicios, que vivían con ellos en el Noviciado, de donde no salían nuestros Novicios sino al Refectorio, y esto con un Fraile que los contaba al tiempo de salir. Los Confesores, ya que no podían decirles nada en conversación, porque no tenían licencia de entrar en sus aposentos o celdas, les hacían sus platicones tan largos en las confesiones que les tenían más de media hora de

rodillas. Preguntábanles que les parecía de la determinación del Rey (hasta quererles persuadir y hacerles confesar que estaba bien hecho todo), si habían murmurado de Su Majestad o de los Ministros. Luego les examinaban el ánimo en que se hallaban en orden a su vocación, si habían ponderado los trabajos a que se exponían, si la vocación era verdadera o se gobernaban por respetos humanos, etc. “Finalmente –dice uno de los mismos Novicios en una carta–, nos tienen tan cansados y molidos que no veo la hora de ponerme en camino para mi destino para dar gracias a Dios, que me ha librado de estos tentadores visibles”. Uno de estos confesores una noche negó a varios la absolución sólo porque dijeron que se mantenían firmes en su resolución de no dejar la sotana, en lo que decía el buen Religioso que pecaban mortalmente. A este Confesor le sucedió un lance chistoso: llegó un Novicio a confesarse y, preguntándole el Confesor si no le acusaba la conciencia de haber insinuado o persuadido de alguna manera a otro que siguiese a la Compañía, respondió el Novicio: “Padre, dejemos esto para después de la Confesión”. Aquietóse con esto el Confesor y, oídas sus faltas, le echó la absolución. Seguro entonces el Novicio de que el Confesor no le hablaría sobre el asunto por ser materia de confesión, se despidió sin decirle palabra. Con esto el Fraile quedó burlado, porque, por temor de faltar al sigilo y de que le acusase de haberlo quebrantado, tampoco se atrevió a reconvenirle.

Los Padres, que se mantenían aún en el Puerto de Santa María, no estaban olvidados de sus Novicios. Determinaron enviar al Pretendiente Nicolás con una carta que escribió muy de propósito un Padre del Paraguay, en la cual, ya con razones, ya con textos de la Escritura, les animaba a persistir en la Compañía y les desataba los argumentos que les podrían poner. Salió de hecho el Pretendiente con esta carta y otras que le dieron otros sujetos, y llegó a Jerez. Pero, como la comunicación con los Novicios estaba del todo prohibida y era sumamente difícil el lograrla, le fue preciso discurrir el modo de verles y entregarles las cartas. Fue en derechura a Santo Domingo y, sabiendo que los 18 santafereños y 8 paraguayos estaban en el Noviciado que hay en aquel Convento, dio una vuelta por el patio de la cocina y, aunque con trabajo, consiguió el que algunos se asomasen a las ventanas que caen hacia aquella parte. Contentáronse por entonces por hacerse algunas señas, porque las circunstancias no permitían más. Esta vista sola sirvió de mucho para que saliese bien lo que después se siguió. Viendo Nicolás que no había otro medio para hablarles, se determinó a pedir la licencia de ver a un Novicio aragonés y santafereño, cuyo hermano se fingió y a quien decía que quería llevar consigo a su casa. Con esta resolución entró dentro del Convento y cerca de la puerta del Noviciado se encontró con un Fraile con quien trabó conversación, la cual la oyó al menos en confuso un Novicio, que bajó a atisbar y rastrear si Nicolás conseguía la entrada. Contó luego el Novicio a sus compañeros lo que acababa de escuchar y cómo Nicolás hacía el papel de quien quería persuadir a alguno que dejase la Compañía. Con eso se dispusieron para proceder de modo que no se descubriese la ficción. Mientras tanto el Fraile introdujo a Nicolás en la celda del P. Prior, el cual no se atrevió a darle la licencia que le pedía, y así le remitió al Alcalde Mayor. Fuese a él Nicolás, hallóle en casa y, después de haberle saludado cortésmente, le dijo que sus padres le enviaban a ver si podía llevar consigo a un hermano suyo, Novicio de la Compañía, que sabía acababa de llegar de las Indias y estaba en Santo Domingo; y que para lograrlo pedía permiso a Su Señoría para hablarle. “Enhorabuena –le dijo el Alcalde Mayor– yo mismo le acompañaré a Vuesa Merced”. Salió al punto el Alcalde con Nicolás y, luego que llegaron a Santo Domingo, mandó llamar al Novicio, fingido hermano de Nicolás, a la celda del P. Prior. Como el Novicio conocía mucho a Nicolás y estaba ya sobre aviso, pudo representar bien el papel que debía hacer. Abrazáronse estrechamente y valióse Nicolás de esta ocasión para advertir en secreto al Novicio que no creyese ni hiciese caso de cuanto le dijese en aquella ocasión. Hecha ya esta advertencia, le habló Nicolás en presencia del Prior y del Alcalde Mayor en el tono y con las correspondientes expresiones que correspondían. Hizole mis ofertas, dióle mil quejas. A todo respondía el Novicio, diciendo con mucha mesura que estaba resuelto a seguir a los Padres. Y no le pudieron sacar otra respuesta el Prior y el Alcalde Mayor, que, aprovechándose de la ocasión, procuraron también, y no de chanzas, sino muy de veras, reducirle a que se fuese con su hermano a su casa. Pero, viendo que era predicar en desierto y que Nicolás se despedía de él encargándole que lo pensase mejor, y que él vendría otra vez de vuelta de Cádiz, adonde iba a ciertas diligencias, le dejaron en paz y le acompañaron hasta el Noviciado en atención a su fingido hermano, el cual tuvo tiempo y modo de entregarle en el camino con disimulo la carta ya dicha.

Habiendo llegado todos a la puerta del Noviciado, se despidió Nicolás primero del Novicio y luego del P. Prior y del Alcalde Mayor. Y se fue adonde le dirigió el compañero que sacó del Puerto de Santa María y hacía el papel de criado. Y apenas comió un bocado, cuando al punto, deseoso de entregar las otras cartas que llevaba y que no las había podido o no quiso darlas al Novicio, temeroso de que el demasiado arriesgarse lo echase a perder todo, volvió al Convento y, reparando que todo

estaba solitario y que no se veía alma viviente, porque era tiempo de siesta, llamó a los Novicios y, echando éstos, por las ventanas dichas que caen al patio de la cocina, una cuerda, ató a ella Nicolás todas las otras cartas y ellos las subieron sin desgracia. No es decible el gozo que recibieron los Novicios, así con estas cartas, que no se hartaban de leerlas y volverlas a leer, como con la de la mañana, que la leyeron y releieron muy despacio. No tuvieron tiempo para responder en esta ocasión y, como tampoco hacía falta que ellos escribiesen, volvía Nicolás alegre como una Pascua y se regocijaba sumamente al considerar la alegría que había de causar a los Padres el oír las noticias que les llevaba de los Novicios. Llegó al Puerto de Santa María y tuvo que hablar muchos días con sólo responder a los que le preguntaban cómo le había ido, si había hablado con los Novicios, cómo lo pasaban, qué hacían y otras mil preguntas semejantes. Animados los Novicios con las cartas de los Padres, cobraron nuevos bríos y aliento. Pero lo que principalmente les mantenía era el tesón con que observaban la Distribución propia de Novicios. Luego que entraron en Santo Domingo, eligieron un Distributario, que con una campanilla les hacía señal para las distribuciones, a las cuales acudían todos con puntualidad. La Oración, Misa, Exámenes, lecciones espirituales y demás ejercicios espirituales, los tenían todos juntos en la Capilla. Hicieron, y casi con más rigor que en el Noviciado, los Ejercicios de nuestro Padre San Ignacio (los cuales los repitieron algunos después), causando mucha edificación a los Frailes, quienes celebraban mucho la virtud de aquella campanilla y les preguntaban por zumba que por cuánto la querían vender. Aseguraban que de la Distribución, que observaban con tanta exactitud (aunque en realidad era cosa buena), nacía su perseverancia. Persuadidos de que el principal motor sería el Distributario, a quien reconocían por Superior, fueron causa, según ellos creyeron, de que el día de la Ascensión del Señor sacasen, de orden del Alcalde Mayor, al Distributario, a quien le llevaron al Carmen. Pero esto no dio cuidado a los Novicios, porque eligieron a otro y prosiguieron del mismo modo.

A estas elecciones y a tratar lo que juzgaban digno de consulta, no se juntaban todos para que la muchedumbre no fuese causa de confusión e irresoluciones, sino aquellos que mostraban más juicio y prudencia, y de quienes todos los demás tenían entera satisfacción. Lo que éstos determinaban, lo aceptaban todos sin réplica. Haciéndose el cargo de que la unión y fraternidad cotidiana era la que había de formar de ellos un muro inconquistable y un Cuerpo formidable al Demonio, se aplicaron con todo empeño a esta virtud, tan propia de un jesuita. Procuraron que ni aun las palabras denotasen diversidad de Provincias. “Vivíamos –dice uno de ellos en su Relación– en tal caridad que muchas veces se me representaba a mi vista aquella del estado de inocencia. Si había la más mínima falta en esta materia, al instante veíamos, no sin ternura y consolación de nuestras almas, ir el delincuente por los aposentos de los Hermanos pidiendo perdón para dar la debida satisfacción. Algunos iban llorando y otras veces no se contentaban hasta ponerse de rodillas delante de su Hermano, ofendido tan levemente muchas veces que él mismo no lo había conocido. De todo este fervor eran origen las conversaciones espirituales. Yo no he visto cosa igual. De repente, al entrar en aquel Noviciado de Santo Domingo, se sintieron los ánimos de todos interiormente tan movidos a la perfección que desde la primera noche no hay que decir de uno particularmente, sino unánimemente de todos, se comenzaron a entablar las quietes espirituales con tal fervor que me sucedía recorrer disimuladamente las quietes de los 26, que las tenían paseando, y hallarles dulcemente entretenidos con coloquios espirituales”.

Pasados 22 días, cumplió el Alcalde Mayor la palabra, que había dado, de volver a su tiempo a ver qué resolución tomaban. El día 24 del ya dicho mes de mayo fue a leerles el Decreto, intimado ya en el Puerto de Santa María, a los 18 santafereños y 8 paraguayos. En Santo Domingo, acaso lo mismo fue en los otros Conventos, se ejecutó la función de este modo. Dos Frailes, que servían de Conductores, fueron al Noviciado, llamaron a un Novicio y le llevaron a la celda del P. Prior, en donde estaban el mismo P. Prior, el Alcalde Mayor, un Escribano y el Amanuense. Leyéronle primeramente el Decreto del Rey y, después de haber ponderado bastantemente lo que contenía, le hicieron decir su resolución y, puesta por escrito por el Amanuense, la firmó el Novicio. Hecho esto, le condujeron a la Enfermería del Convento. De este modo fueron tomando a todos, uno por uno, su dicho, hasta que, habiendo acabado de firmar todos, los volvieron a encerrar en el Noviciado. A los dos días después separaron de los demás y les dieron celdas en el Convento, con libertad de poder andar por él, a dos de Santa Fe, que se rindieron cobardemente. Estos dos fueron únicamente los únicos desertores de los 25 que había en Santo Domingo, los otros 23 se mantuvieron constantes.

Aunque al principio pusieron al Sacerdote mexicano, como ya se dijo, con otros 4 de su Provincia en San Agustín, ya antes que llegase este fatal día, le habían separado de ellos a 12 de mayo, en que se celebró aquel año la fiesta de la Ascensión del Señor, y le habían pasado a San Juan de Dios.

También sacaron este mismo día del Convento de Belén al Diácono y le llevaron a Capuchinos, y al Distributario de Santo Domingo al Carmen, quizá porque repararon que no tenían poca parte en que se mantuviesen unidos los demás. Sea lo que fuere de esto, los 4 pobrecitos mexicanos, que se quedaron sin el Sacerdote, desampararon a la Compañía, aunque, según decían, con ánimo de tomar el hábito de alguna Religión, esperanzados en las promesas que les hicieron. Pero, como éstas no se las cumplieron, tampoco ellos pudieron conseguir lo que intentaban. Persuadido el Alcalde Mayor que acaso los mexicanos reducirían a algún otro a que los siguiese, si viviera con ellos, mandó que pasasen a San Agustín, donde ellos estaban, a uno de los limeños y al mexicano que estaba en Belén. No salieron vanas las ideas del Alcalde, pues consiguió hacer caer al mexicano. Animado con esto el Alcalde, pasados cuatro días después que les leyeron el Decreto, viendo que no había forma de hacer mudar de resolución a los de Santo Domingo y que, habiendo hecho para esto las diligencias posibles, se mantenían tan firmes como el primer día, persuadiéndose que esto nacía de que estando tantos juntos se animaban mutuamente, como juzgaba también el P. Prior, el cual decía: “Ya se lo he advertido al Sr. Alcalde, que, mientras no los separe, no desistirán, porque con sus distribuciones de la Capilla se afirman en su vocación”, se determinó a separar a algunos y juntarlos con los 5 mexicanos. Hizo la prueba con dos, uno santafereño y otro paraguayo. Y habiendo primeramente mandado volver a Belén al limeño, que se mantenía constante, hizo llevar a los dos ya dichos al Conventos de San Agustín para que con el ejemplo y persuasiones de los 5 desertores hiciesen también lo mismo ellos, pero fue en vano, gracias a Dios.

Quiso el Demonio, tomando ocasión de esta mudanza, perturbar a los 23 que estaban en Santo Domingo y lo pasaban con quietud, y armarles un nuevo lazo, haciéndoles creer que los dos, que acababan de pasar a San Agustín, habían ya dejado la sotana, para ver si con su ejemplo hacían lo mismo algunos otros. Casi se lo creyeron los pobres, porque, aunque tenían buen concepto de los dos, pero lo aseguraban los Frailes por tan cierto que parecía terquedad y demasiada dureza de juicio el no creerlo. Quiso uno de ellos, que era un valenciano de la Provincia de Santa Fe, probar si podía conseguir el pasar a San Agustín para ver si era cierto lo que decían. Llamó al Alcalde Mayor y, viendo que no le salía bien el alegar otros motivos, le dio algunas quejas del trato que les daban, que en realidad era bastante trabajoso. Los más días les daban de viernes, la comida de 24 días fue rábanos de postre a mediodía, y a la noche una taza de caldo o agua caliente, y la porción de carne a mediodía y de pescado a la noche. Del aderezo de los aposentos ya se dijo arriba. No llevó muy a bien el Alcalde Mayor estas quejas, pero no obstante, persuadido de que el Novicio andaba tentado, le concedió la gracia, que le pedía, de pasar a San Agustín. Alegróse con esto el Novicio, pero no consiguió lo que principalmente intentaba, que era el saber inmediatamente de boca del santafereño y del paraguayo si era cierta su deserción, porque al llegar a San Agustín sacaron a los otros como a rebeldes y apenas se pudieron saludar, de suerte que quedó tan dudoso como antes de si de hecho se habían determinado o no a desamparar la Compañía. Alguna novedad causó al paraguayo y al santafereño la venida del valenciano y que a ellos los sacasen a su entrada, y más cuando, preguntando el uno de ellos al Escribano que los conducía al Convento de Belén, qué significaba aquella mudanza, les dijo que aquel Padrecito iba a tomar el hábito de su Padre San Agustín. Aunque el Novicio, que quedaba en San Agustín, no pudo saber de boca de sus dos compañeros lo que deseaba acerca de sus ánimos, salió bien presto de su cuidado, porque los cinco mexicanos le dijeron cuán lejos estaban de volver las espaldas a la Religión y que jamás habían pensado en ello ni dado muestras de desearlo. Quedó con eso muy consolado el valenciano y se alegrara de poder participar la misma noticia a los de Santo Domingo, pero no le fue posible, porque no se había abierto aún camino ninguno por donde poderse comunicar. Una casualidad se les abrió dentro de poco tiempo.

Reparó, uno de los dos que acababan de pasar a Belén, en donde tenían más libertad que en otras partes, que uno de los pobres que venían a aquel Convento, solía también acudir a Santo Domingo. Dio parte a su compañero de lo que había reparado y le comunicó el pensamiento, que se le ofrecía, de valerse de él para escribir a sus compañeros. No fue menester mucho para poner en ejecución todo lo ideado. Escribió una carta el paraguayo, que fue el que reparó en el pobre, llamóle a éste aparte y le preguntó si se animaba a llevar aquel papel a los Padrecitos que estaban en Santo Domingo, prometiéndole buena paga y de contado le dio algún dinero. Viendo el pobre que no dejaría de tenerle cuenta el cumplir aquel encargo, ofreció ejecutar cuanto le decía. Tomó la carta y llegó con ella a Santo Domingo. Y observando que sería muy a propósito una reja que hay en el patio de la cocina y cae a la Portería del Noviciado, se echó junto a ella y empezó a fingir negocio hasta tanto que consiguió el que uno de los Novicios se asomase a la ventana. Apenas le vio él, cuando le mostró el papelito, haciéndole señas de que por aquella reja se lo podría dar. Entendiólo el Novicio, bajó luego

corriendo y le cogió el papel. Ya los otros estaban aguardando, deseosos de saber de quién era o qué contenía la carta, y se alegraron muchísimo cuando oyeron decir que era de sus dos compañeros que habían pasado a San Agustín y de allí a Belén, y que era falso y sin ningún valor cuanto les habían dicho de ellos. Pagaron al pobre su favor y le despacharon con la respuesta. Entrególa también con fidelidad. Pero no prosiguió por mucho tiempo, porque los Frailes, conociendo que los Novicios recibían papelitos, empezaron a velar más sobre ellos y, sospechando o sabiendo (según lo que el mismo mensajero dijo al Novicio que le dio la primera carta) que se valían de los pobres, ya no sólo no les dejaban acercarse a pedirles limosna, sino una fila de Frailes, que se ponía entre los Novicios y los pobres, impedía aun el que se pudiesen hablar. También escribieron los de Belén al valenciano que estaba en San Agustín, pero no tuvieron respuesta de él por entonces.

Por este tiempo se habían publicado ya en el Puerto de Santa María los disidentes. Y temiendo los Padres que esta noticia, que no dudaban se la darían también a los Novicios, llegase muy alterada, les enviaron la lista de los cobardes desertores. El mensajero fue el Pretendiente Nicolás, el cual entregó parte de las cartas, que llevaba, a los de Santo Domingo, echándoselas por la reja ya dicha, que cae a la Portería del Noviciado, y las restantes a los de Belén, donde estuvo con los 4 que había allí, que eran los dos limeños y el santafereño y el paraguayo que pasaron de San Agustín. En esta ocasión pudieron responder a los Padres, y así lo hicieron, despidiéndose hasta la vista, porque esperaban juntarse con ellos luego para pasar a Córcega. Mucho se entristecieron los pobres cuando poco tiempo después supieron de cierto que ya habían salido todos los Padres, menos los enfermos. Ofrecieron al Señor este golpe tan sensible y se conformaron con su santísima voluntad. En estos mismos días les causó también mucho desconsuelo la desertión de dos compañeros, uno limeño, que estaba en Belén, y otro paraguayo, al cual, en compañía de otro santafereño, llevaron de Santo Domingo a San Agustín, y aburrido, por tanto como le instaron a que se quedase, especialmente su padre que fue a verle desde Sevilla su patria, pidió ir a la Cartuja a consultar al P. Prior y, aunque éste no le dijo que dejase la sotana, la dejó algunos días después. Bien necesitaban los pobres Novicios, en este tiempo de tribulación, el consuelo que solían causarse mutuamente, escribiéndose unos a otros, y de hecho lo lograban porque dispuso el Señor que, luego que se retiró el pobre de quien se habló arriba, se les ofreciese de suyo un criado francés que servía en Santo Domingo y por mucho tiempo mantuvo franca la comunicación, y se portó con fidelidad, hasta que descubierto finalmente hubo de ponerse a cobro.

Habiendo sabido los que estaban en Belén, adonde les llevaron también otros dos santafereños, que el Diácono mexicano, al cual muy desde los principios habían separado de los otros sus compañeros y metido solo en el Convento de los Capuchinos, se hallaba enfermo, y creyendo que sería por la soledad que padecía y por la falta de comunicación, se determinaron a hacer todas las diligencias posibles para que le sacasen de Capuchinos y le pusiesen en algún otro Convento en donde hubiese algún otro jesuita. Creían, y bien, que conseguido lo primero, indispensablemente se conseguía lo segundo, porque no había ningún Convento en Jerez donde no hubiese algún jesuita, o Novicio o antiguo, pues a algunos de la Provincia de Andalucía les habían dejado en aquella Ciudad por estar imposibilitados para viajar por el Mediterráneo. Los Novicios lo pensaron bien y así se valieron de un buen medio para que lo sacasen al punto de su retiro, y les salió bien. Fueron un santafereño y el paraguayo, que eran los más empeñados, al Comendador y le dijeron que tenían mucha afición a los Capuchinos y querían pasar a su Convento de ellos para informarse de su Regla y modo de vivir, y así le pedían a Su Paternidad que diese parte de ello al Sr. Alcalde Mayor. Oyendo esto el Comendador, hizo cuantas diligencias pudo para que se quedasen en su Religión, prometiéndoles muchas conveniencias, a lo cual le incitaba no poco el que el P. Provincial, viendo el porte de los Novicios, mostró tantos deseos de que alguno de ellos tomase el hábito, que al partirse dejó orden que sin dilación ninguna se le diese a cualquiera de los cuatro que lo pidiese. No pudiendo el Comendador conseguir nada por sí mismo, encargó que viese, si podía reducirlos, al Fraile con quien se confesaban los dos Novicios. Llamóles éste a su aposento y a solas les ponderó los rigores de la Religión de los Capuchinos y las ventajas que su Orden les haría, diciéndoles entre otras cosas que la Religión de la Merced era Religión de María Santísima, pero la de los Capuchinos, aunque santa y buena, era de San Francisco. En esto les entretuvieron algunos días, sin decir nada al Alcalde Mayor, hasta que por último, perdidas ya las esperanzas de conseguir lo que intentaban, le llamaron, y vino la noche del día 1º de julio, acompañado de un Escribano y un Amanuense. Quería el Alcalde que firmasen primeramente que se determinaban a salir de la Compañía, y decía que, hecho esto, se podrían informar de la Regla y modo de vivir de los Capuchinos. Mas, viendo que de ningún modo venían en ello, les prometió que les daría gusto en llevarles a su Convento. Pero, para que no hubiese quien estorbase la ejecución de los pensamientos que suponía tenían los Novicios, la primera

diligencia, que hizo, fue sacar al Diácono y ponerle en San Juan de Dios, donde estaba su compañero el Sacerdote. No cabían de contento los Novicios de que les hubiesen salido tan bien sus trazas, aunque, por lo que tocaba a sus personas, no pensaban ganar nada y fueron a perder mucho, porque en Belén los trataban medianamente y los Frailes por lo común se mostraban indiferentes. No fue así en los Capuchinos. Al principio los recibieron con muestras de mucho amor. Pero como los Novicios, no teniendo por qué mostrar que deseaban ser Capuchinos, se declararon sin recelo y confesaron que se mantenían tan constantes como al principio, con esto los Frailes no hicieron mucho caso de ellos. Algunos les mortificaron bastantemente, porque decían tales cosas de los jesuitas que no se pueden imaginar más atroces: que eran herejes, que revelaban el sigilo de las Confesiones, que eran avaros, soberbios y lujuriosos, benignos para con los ricos, ásperos para con los pobres, homicidas de los Reyes y de sus contrarios, autores en fin de toda maldad y falsa doctrina. Aunque eran varios los que hablaban de este modo, no obstante no faltaron algunos afectos que les animaban, y otros que se mostraban indiferentes.

En este Convento tuvieron los Novicios mucha libertad. Entraba a verles quien quería, iban también a la huerta, adonde acudían muchos seglares que les consolaban y llevaban papeles y cartas. Uno de los que les servían más, y lo hacía con mayor actividad, fue un Estudiante. En una ocasión le sucedió a éste un lance que se temió mucho tuviese fatales consecuencias, pero no se siguió nada. Llevaba en un pañuelo una porción de cartas, que se las había dado el paraguayo que estaba en Capuchinos, y a quien, por saber que estaban en aquel Convento con mucha libertad, se las habían dirigido los Padres que acababan de llegar de América. Llegó el Estudiante con las cartas a Santo Domingo y las tiró a una de las ventanas del Noviciado, que caen al patio de la cocina, y que él, aunque era de noche, conoció que estaba abierta. Juzgando el pobre Estudiante que habrían entrado dentro, no dejándole reparar la falta de luz que quedaban colgadas en la pared, en la cual se había agarrado el pañuelo al caer, se fue a su casa. Volvió el día siguiente a recobrar su pañuelo y ver si los Novicios le daban algún papel o carta, pero ellos ni en este día ni en los siguientes se daban por entendidos. Extrañaba esto el Estudiante y se maravillaba que no diesen señal alguna de haber recibido el montón de cartas que les había echado por la ventana. Ya empezaba a darle cuidado este silencio de los Novicios, cuando un día le llamó a su celda un Fraile y le sacó primeramente el pañuelo en que iban las cartas, y luego un papelito que él escribía a los Novicios ofreciéndose a servirles en cuanto necesitasen, y diciéndoles cuánto les estimaba etc. Preguntóle el Fraile, que bien sabía que eran suyos así el pañuelo como el papel, si conocía de quién podrían ser. El Estudiante, ya por su viveza, ya porque conocía bien al Religioso, con quien tenía mucha llaneza, cogiendo el pañuelo y el papelito, le dijo que no se contentaba con aquello, que le diese también las cartas. “Sí te las daré –le respondió el Fraile–, ya que ha querido el Señor que hayan caído en mis manos. En mi celda han estado estos días, porque yo las encontré el otro día en que fui al campo muy de mañana, cuando salí al patio, y fue providencia de Dios que no las echasen de ver los criados que, antes que yo, anduvieron por el mismo paraje. Yo me alegro de que hagas bien a estos pobrecitos, a quienes también yo les sirviera por el afecto que les tengo, pero no me atrevo a hacerlos por los Frailes. Tú procura guardarte de ellos, no sea que te pillen. Y para que haya menos peligro de esto, no les des nada a los Padrecitos por estas ventanas que caen al patio de la cocina. Mejor será que te manejes por las caen a la calle”. Así lo hizo y continuó hasta que después de bastante tiempo le acusó una gitana. Por la acusación de ésta y por haber cogido los Frailes unas cartas que escribieron los PP. Mexicanos del Puerto de Santa María a los 5 de su Provincia, ofreciéndoles la sotana si la querían volver a tomar, por cuanto suponían que la habían dejado por engaño, hicieron varias mudanzas. Al Sacerdote y Diácono mexicanos, con otros dos santafereños de los cuales uno estaba en Santo Domingo y el otro en San Agustín, para donde le habían sacado antes de Santo Domingo, les llevaron a la Ciudad de Arcos; a dos paraguayos y a dos santafereños les pasaron de Santo Domingo a San Juan de Dios, y a otros dos santafereños y dos paraguayos del mismo Convento de Santo Domingo a Belén, etc.

Pero no bastó esto para que se cortase enteramente la comunicación ni entre los mismos Novicios ni entre ellos y los Padres que estaban en el Puerto de Santa María. El Estudiante hacía sus visitas de cuando en cuando, y, aunque a los de Santo Domingo no les llevaba ya papeles, pero a los de los otros Conventos, a quienes iba tanto más frecuentemente, les servía como antes y les llevaba ya cartas, ya otros recados. Tal vez hacía también sus viajes al Puerto de Santa María. Un nuevo fracaso les perturbó bastante a mediados de setiembre. Había dado el P. Vice-Provincial de México a todos los que estaban a su cargo, entre los que se contaban también los santafereños, para que hiciesen los votos unos con otros los que habían cumplido los dos años de Noviciado. Hicieronlos a 15 de agosto y por su desgracia a cosa de un mes después lo llegó a saber el Alcalde Mayor. Y luego que lo supo, tomó

juramento a todos los nuevos Religiosos o que se juzgaban tales, si era verdad que hubieran hecho los votos, dónde, delante de quién y con qué licencia. Ellos no sólo declararon todo lo que había en el caso, sino le entregaron la carta del Vice-Provincial. No hubiera sido de extrañar que, de resulta de esta declaración, tomasen alguna providencia más fuerte, pero se contentaron con juntar en Santo Domingo a todos los que hicieron los votos, que eran los santafereños y dos paraguayos, los cuales, persuadidos de que también hablaba con ellos la licencia del Vice-Provincial de México, se aprovecharon de ella. Pero antes de llevarles a Santo Domingo, en donde había 5 de los de Santa Fe, sacaron a los dos del Paraguay, que, por no haber cumplido el bienio, no habían hecho los votos, y los pasaron al Carmen.

Ya en esto iba entrando el invierno y, aburridos los que estaban en Capuchinos, en donde, aunque al principio de carne y decentemente, ya después todos los días era la comida de viernes y muy trabajosa, y los aposentos, en que vivían, eran muy húmedos, suplicaron al Alcalde Mayor que los sacase de allí. Y compadeciéndose éste de lo que padecían, les llevó al Carmen, donde encontraron a dos del Paraguay y al santafereño apartado de sus compañeros cuando ejercía el oficio de Distributario. En este Convento lo pasaron muy bien. Les trataron los Frailes con grande caridad y amor. Les visitaban todos los que querían. La comida y aposentos eran buenos. Los Frailes, por lo común, afectos y les animaban y hacían por ellos todo el bien posible, tanto que no se les podía pedir más. La vida, que hacían en todos los Conventos por donde estaban repartidos, era correspondiente a su fervor y propia de Novicios de la Compañía de Jesús. En Santo Domingo especialmente, donde estaba el mayor número, proseguían con el mismo tesón. Repitieron los Ejercicios de nuestro Santo Padre, y vivían una vida angélica, y no sólo alegres y contentos con los trabajillos que padecían, sino deseosos de tener más que ofrecer a Dios, como se verá por la siguiente carta que escribió uno de ellos a su hermano con ocasión de darle la bienvenida. La cual he juzgado digna de ponerla aquí para alabar al Señor que infundía tanto espíritu y fervor a estos jóvenes. La carta, pues, dice así, trasladada a la letra de la original:

Recibí la suya y con ella el consuelo, que no sé explicar, por la noticia cierta de la venida de Vuestra Reverencia y de los demás PP. y HH. de la Provincia del Paraguay, de que hasta ahora no habíamos tenido más que probables conjeturas. Gracias al Señor, que les ha traído con toda felicidad y sacado de tantos peligros, como hay en la mar, para ponerlos en el seguro Puerto de Santa María, en cuyo brazos solos hallaremos remedio para nuestras necesidades y el alivio en nuestros trabajos. En todas las navegaciones de los Nuestros no hallo sino motivos muy sobrados para alabar a Dios por las singulares mercedes que de su liberal mano hemos recibido los de aquesta su mínima Compañía. Contárselas fuera nunca acabar. Las dejó para cuando nos veamos en ese Puerto o en Córcega, donde podremos hacer memoria de todas ellas, para que con el recuerdo de tantos beneficios nos alentemos al agradecimiento, y quedemos tan obligados a nuestro Benefactor que no haya cosa en este mundo, por áspera que sea, que nos pueda separar de su amor y caridad. Remito también para ese tiempo el participarle las vagas noticias, que por aquí corren, y las cosas que a pesar de nuestro amor propio y a mayor gloria de Dios padecemos en esta Ciudad de Jerez. En general quieren estos Caballeros que no sólo hagamos el viaje por tierra, a que alegremente nos hemos ofrecido por nuestra vocación, sino también que nos mantengamos a expensas propias, aunque cuando ellos nos tienen en esta cárcel, que así se puede llamar el Noviciado de Santo Domingo en que estamos privados de toda humana y Divina comunicación, porque hasta ahora en más de tres meses no hemos conseguido visitar a nuestro amante Dueño Sacramentado sino dos veces, y esto por grande favor y a petición nuestra. Cosa dura e imposible a unos bolsillos tan rotos, que no pueden mantener ni aun un medio real, no obstante que en ellos cabe más. En tanta necesidad que aun la torcida para alumbrarnos y las escobas para barrer nuestros aposentos hemos de comprar con el dinero de nuestro Erario, lo pasamos tan alegres y tan deseosos de padecer más por amor de Nuestro Señor Jesucristo, que no se lo puedo explicar, ni podrá Vuestra Reverencia entenderlo, si no es pasando por su vista. No tengo mayor consuelo que, cuando algo me falta, puedo tener algo que ofrecer a mi Dios. Ya estaba resuelto a andar descalzo y lo mismo deseaban los demás Hermanos en seguimiento de nuestra Madre la Compañía de Jesús, cuando el Señor, que nos dejó escrito *Quaerite primum Regnum Dei et haec omnia adiicientur vobis*, contento con la sincera voluntad que teníamos de padecer por su amor, mandó, sin saber nosotros el cómo, unos zapateros que nos tomasen la medida. Es que él sabe muy bien sacar agua fresca y hermosa de las peñas vivas, y no solamente el corazón de Rey, sino el de todos los hombres está en su mano. Gracias al Señor, Padre mío, que aquí se sienten muy bien los efectos de la Santa

Pobreza. Pero, aunque todo esto omitiera en mi carta, no puedo menor que participarle una cosa que será para Vuestra Reverencia de mayor consuelo, y es que al presente, por la misericordia de Dios, me hallo tan fuerte en mi vocación que no dudo exponerme por ella a doblados trabajos de los que hasta ahora he padecido. Y porque juzgo que aún me resta lo más del camino, no hago otra cosa que ejercitarme en estos deseos de padecer, para que, cuando llegue el caso, no me venza la dificultad ni me arredre el temor. Mis compañeros no cesan de animarse, o sea porque me reconocen flaco o porque me juzgan niño, con sus admirables ejemplos y fervorosas conversaciones. Aquí no se habla en las quietes sino de Dios y, cuando este dulce nombre cae de nuestra boca, es para más alabarle, exhortándonos a padecer y morir, si es necesario en defensa de nuestra vocación. Gracias a Su Divina Majestad, que comunica a estos sus siervos tanto fervor que se exceden a sí mismos cuando estaban en su Noviciado. Hay una competencia entre ellos muy gloriosa sobre quién se da más a las virtudes sólidas, a la humildad, al silencio, a la modestia, a la oración y a todo género de mortificación, en tanto grado que es necesario que les anden tirando de la rienda sus Confesores. Por más que le diga, me quedo corto. Dios Nuestro Señor ha derramado sobre nosotros los tesoros de su gracia. La Santísima Virgen es nuestra Maestra y resolutoria en las dudas que se nos ofrecen, y nos consolamos con Ella en su Capilla, porque aquí no hay alma viviente que nos dé un consuelo. “Mi consuelo –dice aquel Santo– sea, Dios mío, carecer de todo consuelo porque se cumpla tu voluntad”. Aquí hacemos frecuentes visitas a Nuestra Madre por la Compañía y por todos sus Hijos, que padecerán más que nosotros. Sus Reverencias no se olviden en sus oraciones, y en especial en el Santo Sacrificio de la Misa, de estos pobres Hermanos, que se lo suplicamos muy encarecidamente. Los primeros Padres del Paraguay, que estuvieron en el Puerto, ofrecían todos los días una Misa por nuestra perseverancia. Todo es necesario para que, entre tantos enemigos de nuestro bien, llevemos al fin el triunfo y quedemos victoriosos. No pase pena por nuestra necesidad ni nos mande cosa alguna, porque así lo pasamos mejor, *nihil habentes et omnia possidentes*, antes quisiera desprenderme de algunas cosillas que aquí tengo, para poner del todo mi confianza en solo Dios. Por amor de este Señor, que no me quite tanto bien como gozo en mi pobreza. Tenga el consuelo de que ya he hecho los votos por concesión del P. Provincial o Rector de México, que no sabemos lo que es, Dios se lo pague, en el mismo día que nuestros primeros Padres hicieron los suyos. Lo mismo se ha concedido a los demás conforme fueron cumpliendo el tiempo de su Noviciado. 26 de agosto de 1768. Su siervo en Cristo, que ya se olvidó el parentesco de la carne, Francisco Urquiola, de la Compañía de Jesús a pesar del Demonio.

Hasta aquí la carta. Mucho tiempo hacía que esperaban por días la ejecución del Decreto con que más de una vez les habían amenazado, y ya por noviembre recibían cada día más noticias de su próxima salida. Y quedaron más certificados cuando los leyeron otra vez el mismo Decreto que ya antes les habían leído, en que les decían que, si querían ir a Italia en busca de los Padres, habrían de costearse el viaje. Aceptaron todos ellos la propuesta y de allí a algunos días fue el Sastre a tomarles las medidas de los vestidos seculares, los cuales les llevó el día 4 de diciembre. Tomóles un Escribano la filiación para formar los pasaportes, que les dio el día 9 con seis meses de término para salir de España. Hízoles firmar otra vez su determinación, y con esto se vistieron de seculares y dieron al Escribano, que la había pedido, toda la ropa de jesuitas. El vestido, que dieron a cada uno de ellos, fue una casaca, chupa y calzones de paño ordinario, mal cortado y peor cosido, un jubón de bayeta y un cabriolé, un par de medias, un sombrero ordinario y dos pares de zapatos. El mismo vestido dieron también a los 9 que dejaron la Compañía y todavía estaban en los Conventos de San Agustín, Belén y Santo Domingo, y aunque en realidad habían dejado ya la sotana, todavía se mantuvieron con ella, porque no les dieron otro vestido hasta entonces. Los que estaban en San Juan de Dios dispusieron la cena para la noche del día 9 y comida para el día 10. A los del Carmen les dijo el P. Prior, que, aunque el Convento era pobre, los días, que gustasen, les mantendrían de buena gana, no sólo a ellos, que eran 5, sino también a los demás a quienes no diesen de comer en los respectivos Conventos. Y de hecho a los 5 y a otro de Santo Domingo les dio de cenar aquella noche y de comer el día siguiente, sin querer tomar paga ninguna, aunque los Novicios, haciéndose cargo de la suma pobreza del Convento, dejaron alguna cosita al H. Coadjutor de la Provincia de Andalucía, que vivía allí y no había pasado a Córcega por achacoso.

9. De nuevo en Puerto de Santa María

La tarde del día 10 salieron de Jerez a pie, dejando a los 9 disidentes repartidos por varias casas, y arrepentidos ya de haber desamparado la Compañía. Luego que llegaron al Puerto de Santa

María, se fueron en derecha a casa de la Excm. Sra. D^a María Borja, donde encontraron a los dos que se habían adelantado la tarde antes para disponer casa. En la casa de Borja les recibieron así la Señora como todos sus hijos con muchas demostraciones de afecto y derramando lágrimas de ternura. Y como si no fuese bastante prueba de su amor a la Compañía la gran caridad que habían ejercitado y ejercitaban con todos los Padres que había habido antes y había a la sazón en Puerto de Santa María, especialmente con los enfermos, a quienes solía poner puchero y cuidar de él la misma Señora en persona, se llevaron sus cariños los Novicios. Habiéndoles detenido algún tiempo para que descansasen y dádoles de refrescar, les condujeron por la noche a una posada donde estuvieron dos días, hasta que les buscó una casa y la avió de lo necesario la misma Sra. Borja. Tres o cuatro días después llegaron los 4 de la Ciudad de los Arcos: el Sacerdote y el Diácono venían vestidos de Clérigos, pero bien ordinariamente a los otros les vistieron del mismo modo que a los 22 de Jerez. Luego que pasaron a la nueva casa y antes que llegaran los de Arcos, entablaron su distribución y repartieron los oficios de Cocinero, Despensero, Refitolero, Portero y demás necesarios en una Comunidad Religiosa, sin omitir el de Distributario que cuidase de tocar la campanilla a sus horas. Reservaron el Superiorato para el Sacerdote mexicano, a quien se lo ofrecieron luego que llegó, pero ni él ni el Diácono lo quisieron aceptar, con que prosiguió el santafereño, primer Distributario de Santo Domingo de Jerez, al que habían elegido para que les gobernase mientras llegaban los mexicanos. No contentos con vivir religiosamente dentro de su casa, daban también fuera de ella ejemplos de edificación y piedad. Iban de Comunidad a oír Misa todos los días y a comulgar los jueves y domingos a San Agustín, pero, porque el Sr. Gobernador les dijo que, supuesto que el Convento de San Francisco estaba más cerca y casi fuera de la Ciudad, sería mejor que no fuesen a San Agustín, ya no volvieron allá y, obedeciendo a Su Señoría, iban a San Francisco en donde se confesaban con los Padres que había en aquel Convento.

Así en Jerez como en el Puerto de Santa María y en Cádiz celebraron la constancia de estos jóvenes, digna de eterna memoria, y quedaron sumamente edificados de su porte religioso y de la compostura y modestia singular con que andaban no sólo por la Ciudad y cuando iban a Misa, sino también cuando salían al campo a dar un paseo. Aunque fueron varios los que iban a visitarles, especialmente Clérigos, quienes más frecuentaban su casa eran los hijos de la Sra. Borja y el Clérigo de *Sancti Spiritus*, de quien se ha hablado arriba, el que estaba comisionado del Sr. Oscáriz para pagar el flete del navío.

Una Señora llamada D^a Juana Arroyabe se esmeró entre otras personas, y a competencia de la Sra. Borja, en favorecer y hacer bien a la nueva Comunidad Religiosa. Casi a la fuerza les obligaba a que 4 o 5 fuesen todos los días a refrescar a su casa, les proveía de vino, carbón, aceite, vinagre y todo lo demás que sabía les hacía falta. El día de la Circuncisión lo tomó por suyo: hízoles una comida muy buena y fuera de eso les dio 10 pesos para el extraordinario. Antes de embarcarse les dio otra limosna de dinero y algunas dos arrobas de chocolate. Pagó también los barcos que les llevaron al navío con todo su equipaje. Y no contenta con todo esto, les hizo otras demostraciones de afecto y caridad y les escribió al navío.

10. Final hasta Faenza

El tiempo que se detuvieron en el Puerto, se desquitaron los Novicios de lo que habían dejado de tratar con los Padres. Iban frecuentemente a los Conventos en que estaban repartidos y, aunque encontraban bastante dificultad en conseguir la entrada en el Hospicio, varios se dieron maña y lo lograron repetidas veces. Cuando ya se acercaba el tiempo del embarque, señalaron a algunos que recogiesen las limosnas en Cádiz e hiciesen las diligencias necesarias. Y por último, compuesto todo y aviados, los 26 se embarcaron el día 16 de enero de este presente año de 1769. Detuviéronse en Cádiz por ser contrario el viento hasta el día 27, en que zarparon anclas y se hicieron a la vela. En este viaje no tuvieron cosa especial, sino que, habiendo arribado a muchos puertos de España, ya para tomar algún refresco, ya por vientos contrarios, tuvieron que padecer muchas repulsas, no dejándoles desembarcar. En Almería les pusieron guardia, como también en Barcelona, adonde acudió mucha gente a verles. Y más cuando por licencia que consiguió la madre de uno de los Novicios de ver a su hijo, a quien con lágrimas y ruegos le pedía que se quedase, acercaron el navichuelo al muelle, de suerte que se pudiesen hablar, porque no hubo forma de conseguir licencia para que o la madre pasase al navío o el hijo saltase en tierra. También arribaron a Francia y saltaron en tierra sin que ninguno les embarazase. Y prosiguiendo su camino para Italia, una tempestad les echó a Cerdeña. Desde allí pasaron a Aiaccio, Ciudad de Córcega, en donde les regalaron unas Monjas, un Capitán y dos jesuitas, que se mantenían allí enfermos, de la Provincia de Toledo. Salieron de Aiaccio y llegaron a Puerto-

Venere. Y mudando allí embarcación, se hicieron a la vela para Civitavecchia, adonde arribaron el día 23 de marzo. Y habiendo primero avisado a nuestro P. General de su arribo y preguntado en qué traje habían de entrar en Roma, obedeciendo a las órdenes de Su Paternidad, prosiguieron su viaje con los mismos vestidos que les habían dado en España.

En un lugarcito poco antes de Roma insultaban algunos al Patrón del Barco en que iban, diciéndole que llevaba la peste a Roma, pero salió por ellos y habló a su favor un Fraile, el que, en el sermón que hizo en tiempo de Misa, advirtió al pueblo de lo mal que habían hablado de unos Religiosos, cuales eran aquellos forasteros que veían en aquel traje. Entraron en Roma el Sábado *in albis*, que fue a 1º de abril, y fueron recibidos con muchas demostraciones de afecto y amor, así de nuestro P. General como de los otros Padres y Hermanos de los Colegios y Casas de aquella Santa Ciudad.

Aseguróles nuestro P. General que la alegría que recibía con su constancia excedía a la pena que le había causado la deserción de tantos de varias Provincias. Quiso detenerlos en San Andrés el P. Maestro de Novicios, para mantenerlos a todos, pero no lo juzgó conveniente nuestro P. General, y así, después de haberlos detenido algunos días y dado sotanas y demás vestidos de jesuitas, les despachó a sus Provincias. Los de San José (antes del Paraguay) llegaron a Faenza el día 23 de abril y, obedeciendo a la orden de nuestro P. General, renovaron los votos, que habían hecho ya todos, el día 1º de mayo, y se mantienen contentos y dando gracias al Señor, que les ha conservado y conserva en la Compañía de Jesús. Y para que el gozo fuese completo, algunos meses después llegó a juntarse con su Provincia el único que había quedado de ella en España.